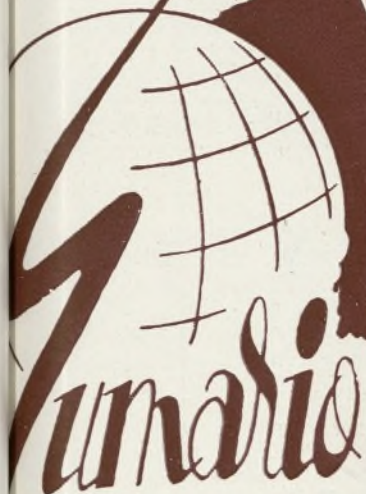


# CENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



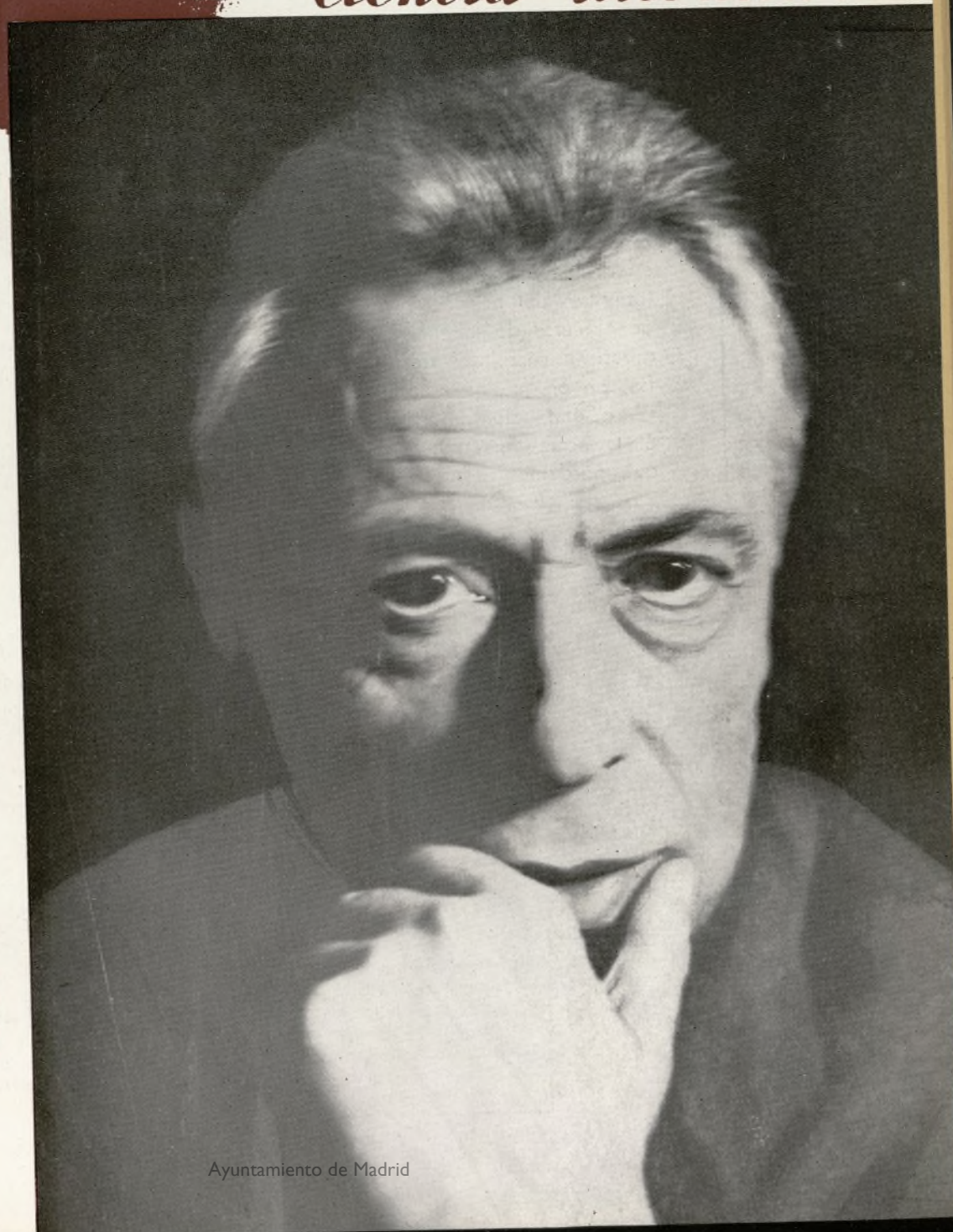
Federica Montseny: E. C. Carbó, o la lección de una vida.  
— Proudhon Carbó: Una carta.  
— Vladimir Muñoz: El pensamiento vivo de Epicteto.  
— M. Celma: La vida y los libros.  
— M. Llatser: Tribuna de libre discusión: Determinismo y voluntarismo.  
— Laureano d'Ore: Teatralerías y rutina.  
— Pedro Vallina: La historia triste de mis libros.  
— Sergio: Rincón del saber: Curiosidades de nuestro mundo.  
— Francisco Olaya: El informe Krutchev: La nueva purga.  
— Louis Simon: Nuestro esfuerzo.  
— Suno: Microcultura.  
— Juan Grave: Orientación Anarquista (folletón encuadernable)

FEBRERO  
1958

# 86

*Revista Mensual*

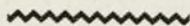
PRECIO: 90 FR.



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA



# EUSEBIO C. CARBÓ

La Redacción de «Cénit» llora hoy la desaparición de uno de sus más estimados colaboradores: Eusebio C. Carbó, que había enriquecido las páginas de nuestra revista con sus trabajos, en un esfuerzo de voluntad admirable, venciendo la fatiga y los sufrimientos de una larga y penosa enfermedad para emborronar cuartillas a nosotros destinadas, nos ha abandonado para siempre.

Con él pierde «Cénit» un aporte intelectual valioso, y pierden la C.N.T. y el Movimiento libertario español e internacional una de sus más prestigiosas figuras, uno de los hombres que más lustre les dieron y que con más dignidad y grandeza de alma las representaron.

Carbó ha muerto en la ciudad de México, a los 72 años de edad. Más que los lustros acumulados, le han vencido los sufrimientos y las dolencias contraídas a lo largo de una existencia agitada, en el curso de la cual conoció todas las pruebas y todas las amarguras: la cárcel, el destierro, la deportación, el exilio definitivo al fin, en el que ha muerto.

«Cénit» siente inmenso dolor ante esta pérdida y sabe que en él le acompañarán cuantos conocieron a Carbó y cuantos saben lo que perdemos todos, al perderle.

## CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz,  
Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz,  
Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Enito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz,  
Herbert Read, Hem Day, J. Carmona  
Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo  
Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol,  
Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce  
Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré,  
Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 234 francos  
trimestre; Exterior, 270 francos.

Número suelto, 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir  
de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VIII

Toulouse, Febrero 1958

N° 86

## E. C. CARBO, o la lección de una vida



A gran voz que tantas veces había electrizado a los públicos, ha enmudecido para siempre. La voluntad poderosa que había puesto al servicio de la anarquía el tesoro de su cultura y la eficacia de su actividad infatigable, ha dejado de existir.

Carbó ha muerto. Y, con él, es medio siglo de C.N.T. y de anarquismo militante español que entran en la historia. Porque la vida de Carbó está tan indisolublemente unida a la vida social de la C.N.T., forma de tal manera cuerpo con ella, que si los historiadores se inclinan sobre la existencia rica y múltiple de este hombre realmente extraordinario, son las páginas más gloriosas de la historia del anarco-sindicalismo español lo que debe historiarse.

Carbó, con Pestaña, Seguí, Peiró y toda una pléyade de obreros ilustrados, constituyó el grupo de organizadores y de militantes que, recogiendo la herencia de Lorenzo y de los viejos internacionalistas, dieron vida y lustre al movimiento obrero español de inspiración libertaria. Muerto Seguí, desviado Pestaña, Peiró embarcado en la triste aventura del treintismo, Carbó permaneció íntegro e incólume. En torno suyo se agrupaba la inmensa mayoría de militantes que tenían una concepción limpia de lo que había de ser la trayectoria del sindicalismo español y de la Confederación Nacional del Trabajo.

Le conocí hace ya muchos años. Los dos formábamos parte del Sindicato de Profesiones Liberales de Barcelona. El era una de las figuras señeras de nuestro movimiento. Yo empezaba entonces a ser conocida como escritora y como militante. Recuerdo que me produjo una impresión inolvidable. Su voz sonora, sus ademanes enérgicos, su oratoria grandilocuente, en la que revivía la tradición española de los Castelar y de los Salmerón, galvanizaba a las multitudes. Todo le acompañaba: la prestancia, la estatura, el gesto elegante, la voz viril y estentórea. Yo empezaba. El había sido ya secretario de la A.I.T., delegado a múltiples Congresos Internacionales; muchas veces encarcelado; muchas veces perseguido. Conocía perfectamente el italiano y el francés, que hablaba con la misma facilidad e idéntica elegancia que el español. Fué uno de mis maestros y uno de los hombres que contribuyeron a mi formación sindical y moral. Y fué un amigo leal y sincero, del que jamás escu-

ché una palabra desagradable. Hasta en los momentos en que no estábamos de acuerdo, había en él indulgencia y en mí respeto.

Era arrollador en la polémica. Pulverizaba literalmente al adversario, bajo un chorro de imágenes y argumentos que le dejaban literalmente apabullado. En los mítines, en las conferencias en que la tribuna era declarada libre, siempre aceptada la contradicción, los adversarios casi nunca osaban medirse con Carbó. Poseía además el don de los efectos de público, reservándose los argumentos masivos para cuando tenía al adversario casi fuera de combate. Hacia el efecto de un boxeador que, después de fatigar al contendiente, ponía al fin knock-out de dos o tres golpes certeros.

\*

No es mi propósito hacer una biografía de Carbó. Plumas más autorizadas que la mía y compañeros que compartieron desde la primera hora sus luchas y su actuación de militante, lo harán sin duda alguna.

Yo deseo, sobre todo, extraer la lección que nos da la existencia fecunda de este hombre, encarnación de un período de gloria y de cruentas tragedias.

Carbó surgió a la vida activa con el nacimiento de la C.N.T. Hijo de un pueblo de la provincia de Gerona—Palamós, si no recuerdo mal—pronto emigró de él y vino a engrosar la masa obrera barcelonesa. Fué un militante obrero, a la vez que se convertía en uno de los más activos militantes anarquistas. Discípulo de Lorenzo, al que, joven, visitaba semanalmente, como tantos otros formados a su calor y bajo la enorme influencia irradiante del viejo apóstol, de lengua barba blanca y claros ojos de niño, casi antes de ocupar cargos en los sindicatos se hizo conocer como escritor y militante anarquista. Cuando, en los años 14, 15, 16 y 17, el sindicalismo se extendió como un reguero de pólvora y la C.N.T. multiplicó el número de sus afiliados, Carbó era ya el organizador, el orador y el escritor que todos conocimos. Vivió durante años en Africa y en Valencia, de cuya «Soli» fué director bastante tiempo. Le llevaron muchas veces a la cárcel, a la deportación, al destierro. Enviado a varios Congresos Internacionales, formó parte del Secretariado de la A.I.T. al reconstituirse nuestra Asociación Internacional. Exilado en Italia, en Francia y en Alemania durante el período de la dictadura, su



actuación en el plano internacional fué tan intensa como lo había sido y lo fué después en el plano ibérico. Amigo personal de Alejandro Berkman y de Emma Goldman, de Borghi y de Virgilia d'Andrea, conoció y trató a multitud de compañeros de todos los países: Fritz Kater, Johan Most, Erick Músham, Nettlau, Rodolfo Rocker, en Alemania; Malatesta, Galleani, Damiani, Fabbri, Borghi, en Italia; los compañeros del grupo «Plus loin» en Francia—el doctor Pierrot, Paul Reclus, Renée Lamberet—; Paul Gillette y Ernest en Bélgica; el grupo de «Freedom» de Londres; López Arango y el grupo de «La Protesta», en la Argentina, a la vez que le unía amistad con Teodoro Antilli, González Pacheco y el grupo editor de «La Antorcha».

En sus años de exilio en Francia, durante la dictadura, trató e intimó con los emigrados rusos: Mackno, Archinoff, Schapiro, Voline y tantos otros.

Fué, en el período que va de 1913 hasta 1939, lo que había sido Tarrida del Marmol a final y principios de siglo: el enlace entre múltiples movimientos internacionales; el hombre, que, por su facilidad en expresarse en varios idiomas, representaba a España, la España de la C.N.T. y del anarquismo, en el movimiento obrero y libertario mundiales... en una época en que existía realmente un movimiento obrero y libertario mundial.

Si hubiese sido ambicioso; si hubiese estado sediento de gloria y de honores, ¡qué fácil le hubiera sido encumbrarse, seguir las huellas de un De Ambris o de un Jouhaux! Seguí fué un gran orador, pero no tenía una base cultural; su corta vida fué una lucha ininterrumpida contra sus propias lagunas, un esfuerzo titánico por instruirse y por superarse. Pestaña, más preparado, era una inteligencia modesta; le faltaba vuelo y no llegó a ser nunca un orador de multitudes.

Carbó, en su plenitud, lo reunió todo: la cultura, la inteligencia, la facilidad de palabra, el prestigio. Hubiera podido ser el líder por antonomasia. No lo fué nunca. Apenas quiso ser Secretario del Comité Nacional y desdeñó todas las ocasiones que se le ofrecieron para aprovecharse, en beneficio propio, de la rivalidad que opusiera Pestaña a Seguí y viceversa.

Cuando surgió en la palestra otra generación—la nuestra, la que actuó a partir de 1926 y empujó los acontecimientos hasta 1936—Carbó supo encarnar a nuestros ojos el prestigio de un pasado inmediato del que todos éramos hijos. En el Congreso de Zaragoza, el dictamen sobre «Concepto Confederal del Comunismo Libertario» que sirvió de base para la elaboración del programa que había de servir de orientación a los obreros y a los campesinos en las realizaciones de la Revolución, lo elaboraron Carbó y mi padre y lo llevaba como proyecto el Sindicato de Profesiones Liberales de Barcelona, que representábamos Puig Elías y la que esto escribe.

Durante la Revolución, Carbó hubiera podido aspirar a todos los cargos honoríficos. Se limitó a ser un militante de barriada y de sindicato, que contemplaba con inquietud el curso de los acontecimientos, interviniendo en ellos desde la base.

Lección de entereza ideal y de constancia ejemplar. Lección de fe y de confianza en la humanidad y en sus destinos. Lección de anarquismo, sentido y refrendado con la propia vida.

Lección, sobre todo, de sobria y serena entrega a una

causa, a la que se da todo y de la que no se piensa nunca en extraer nada.

\*

El día del mitin del Teatro Iris, en la ciudad de Méjico, en el mes de agosto de 1956, volví a ver a Carbó después de 17 años de separación. Quedé aterrada. Era la sombra misma del hombre brillante, elocuente, enérgico, que había visto todavía en París en 1939. Me dijo:

—Tú has hecho cerca de veinte mil kilómetros para venir a dar este mitin. Pero hay quien realiza un esfuerzo mucho mayor por venir a escucharte. Y ese soy yo. Es ésta mi primera salida desde hace meses y sólo Margarita y yo sabemos lo que para mí representa.

Había estado muy enfermo. El corazón, fatigado por una vida de agitación constante, no tenía ya suficiente fuerza para resistir los 2.500 metros de altura de la capital mejicana. Vivía a costa de sangrías y de inyecciones. Vivía, sobre todo, gracias a los cuidados de que le rodeaba su vieja y abnegada compañera Margarita.

No puede ser olvidada esta mujer que con él compartió vicisitudes y alegrías, peligros, penalidades y triunfos. Esta mujer, de salud frágil, que durante muchos años él cuidó como a una niña y que, sin embargo, cuando le llegó a él el turno de encontrarse enfermo y desvalido, sacó fuerzas de su misma debilidad y ha sido hasta la hora de la muerte su enfermera, su madre, su hermana, su amiga, el brazo que le sostenía, el alma que le consolaba, la voluntad que se le imponía. Si Carbó ha vivido hasta hoy; si Carbó ha sobrevivido físicamente a la lenta muerte moral de sus facultades; si ha latido su corazón enfermo y no se ha apagado su cerebro bajo los golpes brutales de la sangre que a él afluyó desordenadamente, a la vigilancia desesperada y sin desmayo de esta mujer admirable se debe.

Como un recuerdo muy triste y muy dulce, vivirá siempre en mí el día que pasé en su compañía, en su pisito de la Calzada San Antonio, en Méjico. Al verlos a los dos ya tan viejecitos, tan solos y tan unidos por una ternura que nada pudo destruir—ni errores y debilidades recíprocas, ni el paso implacable de los años—; al verlos a los dos sosteniéndose mutuamente, viviendo tan el uno para el otro y el uno por el otro, sentía una emoción indecible, que aún hoy llena de lágrimas mis ojos. Pensaba:

—¡Ya nunca más volveré a verles!

Ya nunca más volveré a verle a él, definitivamente sepultado en esa tierra de Méjico. Tierra que, por hospitalaria que haya sido, por ellos fué considerada siempre tierra de exilio. Carbó ha muerto haciendo proyectos de regreso a Europa. Tenía la obsesión de marchar de Méjico. Quería vivir y le parecía que huir de Méjico era huir de la muerte. Ella ha triunfado al fin de su voluntad encarnizada y de la ternura protectora que tantas veces la apartó de su lecho. Su tumba queda allí, en el cementerio español, junto quizá a la de Simón Radowitzky. O a la de la madre de los Ascáso. O quizá de la de Bruno Lladó. Quizá de la de Francisco Muñoz. Quizá de la de Jaime Aragó. ¡Son tantos y tantos ya los viejos gladiadores caídos al uno y al otro lado del Atlántico; los viejos combatientes, que no podrán librar nuevas batallas y que van muriendo con la eterna nostalgia del paraíso perdido; de la tierra que les vio nacer y a la que ellos fecundaron con la simiente de sus ideas y el trabajo de sus brazos!

\*

Pero si ha muerto físicamente Carbó, en tierra lejana, queda su obra. Su obra de escritor, su obra de militante,



# Una carta de Proudhon Carbó

Por juzgarla interesante, llena de dignidad y de emoción, reproducimos aquí la carta recibida de Proudhon Carbó, hijo de nuestro llorado amigo y colaborador.

Por ella, los muchos compañeros que conocieron y estimaron a Carbó y a su abnegada compañera Margarita Gironella, tendrán el consuelo de saber que ésta no está sola y que al lado suyo tiene el reconforte moral de una familia de libertarios que sabrán rodearla de cuidados y de cariño.

*Querida Federica:*

He dejado pasar unos días antes de escribirte, ya que me habría sido literalmente imposible hacerlo antes; a tal grado el triste acontecimiento de la muerte de mi padre nos afectó a todos.

Estoy convencido de que la noticia habrá causado una verdadera conmoción entre los numerosos compañeros residentes en Francia. Es obligado creerlo así, ya que cincuenta años de actividad desbordante como la del compañero Eusebio Carbó han debido dejar una huella profunda en miles de conciencias, incluso en muchos que no tenían con nosotros afinidades ideológicas. Es una vida entera consagrada al Ideal y puesta sin claudicaciones al servicio de una Causa que no era nuestra ya que es la causa de la Humanidad.

Uno se siente a veces inclinado a creer el absurdo de que, mientras dure el exilio, debería existir una especie de armisticio, una tregua entre la muerte y nosotros, algo así como una suspensión de hostilidades, en espera de que las circunstancias nos permitiesen reanudar el curso normal de nuestras vidas, interrumpido y truncado por la guerra. Pero, naturalmente, no es así; la ley ineluctable se cumple inexorablemente y los viejos luchadores que llegaron a estas playas después de sortear mil peligros a lo largo de toda una vida, van entregando a la tierra el tributo final, lejos de lo que para las gentes comunes y corrientes fuera «la patria» y para ellos un eterno campo de batalla.

Muerte — aunque parezca paradoja en el caso de un hombre que hizo vibrar tantas veces a miles de auditorios ubicados en todos los ámbitos de España — silenciosa,

su obra de hombre. Queda su recuerdo, imperecedero en los que le conocimos. Y queda, indestructible, triunfante de las persecuciones, de los asesinatos, del tiempo que pasa y de la muerte se nos va llevando, la Organización y la idealidad que Carbó ayudó a forjar, a las que dió cuanto valía y cuanto podía. Y éstas, ideología social y filosófica y organización de defensa y de ataque contra el Estado y el capitalismo, nada ni nadie podrá destruirlas. Mientras existan el salariado y la sociedad burguesa. Mientras el mundo no haya prescindido de parásitos; mientras reinen la desigualdad, la injusticia y el privilegio. Sólo desaparecerán cuando el hombre haya encontrado la verdadera vía del progreso y se haya organizado sobre bases lógicas y justas, prosiguiendo su ascensión eterna hacia nuevas cimas. Porque, como dijo Mella, más allá del Ideal habrá siempre Ideal...

Federica MONTSENY

ignorada, casi anónima. Sin escándalos publicitarios. Muchos compañeros acudieron a la agencia funeraria donde se veló el cuerpo. Muchos, a pesar del tiempo inclemente, fueron hasta el cementerio. Otros muchos se mantuvieron alejados, como ignorantes del suceso. No debe extrañarnos semejante actitud. Nuestra inmensa emigración colectiva — nuestra, la de todos los sectores — no podía eludir la ley de la desintegración que ha dado al traste moral y físicamente con todos los fenómenos semejantes de que nos habla la historia. Más vale no entrar en consideraciones de detalle. Nada remediaríamos con ellos y si sumáramos un dolor más al inmenso dolor que motiva estas líneas.

Sé, amiga Federica, que para tí, para todos los compañeros que la quieren y que, a través de la distancia están con ella en trance tan amargo, será motivo de consuelo saber que mamá Margarita, desde el día de la muerte de mi padre, está en nuestra casa, que es, desde luego la suya, y en ella nos esforzaremos todos — mi compañera, nuestros hijos y yo —, por hacerle la vida lo menos ingrata posible. Después de todo, en ciertos momentos de nuestra existencia, las cosas materiales pierden en absoluto el valor que en las horas de optimismo y esperanza solíamos atribuirles y todos nuestros anhelos se centran en el espíritu, en el afecto, en la cálida palabra amorosa; y aunque de sobra sabemos que nada en el mundo podrá llenar en ella el inmenso vacío dejado en su pecho por la ausencia del compañero de toda la vida, queremos al menos creer que nuestra compañía contribuirá a aminorar su dolor.

A su tiempo llegó vuestro cable, que mamá Margarita leyó con la emoción que podéis adivinar. También Rudolf Rucker, informado telefónicamente, envió una ofrenda floral con su pésame, desde Nueva York.

Creo que es todo cuanto tengo que decirte — deciros — por el momento. Mi padre soñaba regresar a Europa, a Francia, para ver de nuevo a tanto compañero radicado ahí, para sentirse más cerca de España. Una ilusión más que frustró la muerte. No quiero terminar estas líneas sin decirte, Federica, que tu venida a México y los actos celebrados con motivo de tu visita, constituyeron sin duda alguna la última gran alegría del compañero Carbó. Y es que tu presencia, y tu voz, eran como una mágica evocación de otros días, como si hubiésemos vuelto a esas horas dinámicas, llenas de gloriosa angustia, de Barcelona, en que el espíritu se exaltaba mientras la mano se crispaba sobre el arma, herramienta terrible y necesaria con la que queríamos desbrozar el camino por donde había de llegar, por donde llegar, la anhelada Justicia social.

Los poetas, que tantas cosas inconscientes y vanas han dicho, a veces acunan en sus versos frases dignas de ser immortalizadas en mármoles y bronce: «Nadie muere — ha dicho uno — mientras quede alguien en la tierra que le recuerde». Y si esto es así, como creo que lo es, nuestro viejo compañero Eusebio Carbó no ha muerto, no morirá nunca.

A todos los compañeros, nuestros afectos fraternales. Para tí y los tuyos, un abrazo muy fuerte de los cinco,

Proudhon CARBO.



# EL PENSAMIENTO VIVO DE EPICTETO

Ante cada una de las cosas que te regocijan o que, por ser te útiles provechosas, sientas hacia ellas predilección, no dejes de darte cuenta de lo que verdaderamente son, empezando por las más insignificantes. Así, por ejemplo, estimas una vasija de barro; pues bien, no dejes de decirte siempre que se trata de una vasija de barro; de este modo, el día que se rompa no sentirás pesar.

La nobleza del hombre procede de la virtud, no del nacimiento. Valgo más que tú porque mi padre fué cónsul y además soy tribuno, y tú no eres nada. Vanas palabras, amigo. Si fuésemos dos caballos y me dijese: Mi padre fué el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses, te contestaría: Lo creo, pero corramos juntos. ¿No hay asimismo en el hombre algo que le es propio—como al caballo la velocidad—, algo por medio de lo cual puede conocerse su calidad y estimarse su verdadero valer? Y este algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia?... Muéstrame, pues, la ventaja que en todo esto me llevas; hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envanece de cualidades propias de un asno o de un caballo, pero no de un hombre.

Los verdaderos días de fiesta son y deben ser para ti aquellos en que has vencido una tentación o te has arrancado, o al menos dominado, el orgullo, la temeridad, la malignidad, la maledicencia, la envidia, la obscenidad en el lenguaje, el lujo o cualquiera de los vicios que te tiranizan. Esto es lo que debe alegrarte y merecer tus desvelos y sacrificios con mucho más motivo que haber obtenido un consulado o el mando de un ejército.

Cada uno tiene en su cuerpo la medida de la riqueza, como tienen su pie la medida del zapato que le conviene. Es decir, que basta atenerse a esta consideración para no salirse jamás del punto justo; pero desdichado de quien la traspasa, pues rodará por una pendiente en que nada será capaz de detenerle. Que hasta con el calzado ocurre que aquel que sobrepasa el que le corresponde, pronto, de los zapatos dorados pasará a los purpúreos y luego los ansiará bordados; que no hay término jamás para aquel que rebasa lo que naturalmente le corresponde.

No está en nuestras manos el ser ricos, pero sí el ser felices. Además, las riquezas no son siempre un bien, sobre que suelen ser poco duraderas. En cambio, la felicidad que proviene de la sabiduría dura siempre.

La vida que entregada a las riquezas transcurre en brazos de la suntuosidad y la molición, es cual torrente de agua siempre turbia, espumeante, peligrosa, enfangada, violenta, tumultuosa y pasajera; mientras que la empleada en la

virtud es cual el manantial de agua eternamente pura, cristalina, sana, fresca e inagotable.

Tan difícil es para los ricos adquirir la sabiduría como para los sabios adquirir la riqueza.

¿Estimarás una víbora por el simple hecho de verla en una caja de oro? ¿Dejará acaso de inspirarme menos horror y menos recelo su ponzoña e innata maldad? Haz, pues, lo mismo con el malvado, aunque lo veas nadando en riquezas.

Partes para Roma y emprendes tan largo viaje para alcanzar en la ciudad un empleo más lucrativo que el que desempeñas. Pero, dime, ¿que viaje has emprendido jamás para mejorar tus opiniones y sentimientos? ¿Se te ocurrió consultar a alguien siquiera una vez para ver de corregir tus defectos? ¿En qué tiempo ni a que edad te has tomado el trabajo de examinar tus opiniones? Recorre los años de tu vida y verás que siempre has hecho lo mismo que haces hoy.

No codicias sino vivir en palacios suntuosos, rodearte de numerosa servidumbre, ataviarte con magnificencia, poseer espléndidos carros, caballos magníficos y lujosos perros de caza, y rodearte de comediantes y músicos. Pero, crees que te envidio algo de todo ello? Por el contrario, dime, ¿has cultivado acaso tu entendimiento? ¿Te has preocupado de adquirir juicios y opiniones sanas? ¿Te has interesado jamás por la verdad? Y si nada de esto has hecho, ¿por qué te enfada que yo te aventaje en aquello que tanto has descuidado?—Es que esto que quieres es algo extraordinario y desacostumbrado.—Me alegro que lo reconozcas; pero ¿quién te impide alcanzarlo? En lugar de moneros, músicos y cómicos, rodéate de personas sensatas. Nadie mejor que tú puede procurarse más libros, maestros y el tiempo necesario para estudiar. Empieza, pues; empieza y cede a tu razón parte del tiempo que te sobra y desperdicias. Escoge; y si sigues entregándote a las cosas puramente exteriores, es indudable que llegarás a poseer muebles más preciosos y más raros que otros; pero tu pobre inteligencia, así abandonada, no pasará de ser un mueble más; pero ¿qué inútil, torpe y feo!

En lugar de dispensar tu asiduidad a un rico, dispénsala a un sabio. El trato de éste jamás te hará ruborizar, y nunca volverás a tu casa sin haber aprendido algo.

Cuando se echa al populacho higos y avellanas, los muchachos se golpean y empujan por recogerlas; pero los hombres no hacen de ello el menor caso. Distribuyen gobiernos en provincias, reparten pretorias y consulados, y los hombres se vuelven niños por atrapar lo que, bien mirado, no vale más que aquellos higos y avellanas.

Procura siempre que puedas, guardar silencio, no hablar



sino lo necesario, y aun esto con las menos palabras posibles. De no hablar sino cuando fuese preciso, raramente despegaríamos los labios. Pero, sobre todo, abstengámonos de las conversaciones triviales y comunes, cuales son los combates de gladiadores, los hechos de los atletas, de la comida o de la bebida y de los vestidos: temas todos estos obligados entre los hombres vulgares. Y menos aún hemos de hablar de los hombres, ora para denigrarlos o ensalzarlos, ya para establecer comparaciones entre ellos.

Siempre que puedas, procura que la conversación de tus amigos recaiga sobre asuntos razonables, decentes y dignos. De hallarte entre extraños, lo más prudente es el silencio.

Tu gusto es parecerte a la mayor parte de los hombres como un hilo de tu túnica se parece a los demás hilos de que está tejida. Mi gusto es muy otro: yo prefiero parecerme a esa franja de púrpura que no tan sólo resplandece por sí misma, sino que hermosea la túnica sobre que está colocada. ¿Por qué, pues, me aconsejas que sea como los demás? Si fuese como el hilo, no sería como la púrpura.

Cuando hagas alguna cosa, convénzete de que es tu deber hacerla, no busques medios para evitar que vean que la haces, por desfavorable que pueda ser el juicio que de ti y de tu acción forme el público. Porque si la acción es mala, no tienes más que no hacerla; pero si es buena, ¿por qué has de temer a los que sin razón te condenan?

Cuando te veas obligado a sostener una conversación con un personaje elevado, imagínate lo que en parecida circunstancia hubiera hecho Sócrates o Zenón. De este modo no te sentirás perturbado ni cohibido para hacer lo que debas y para usar convenientemente de lo que se presente.

En la conversación corriente, guárdate mucho de hablar de ti y no te complazcas, si la ocasión no es oportunísima, en referir tus proezas y los peligros y vicisitudes que hayas corrido; porque tan grato como te es a ti contarle, le es a los demás ingrato el oírlo.

Es asimismo muy peligroso dejarse arrastrar por las conversaciones obscenas; así que, cuando te veas obligado a oírlas, no desperdicies toda ocasión de manifestar tu disgusto a quien la haya fomentado. Si esto no puedes hacer, guarda al menos el más absoluto silencio, dejando comprender por tu ceño y por la gravedad de tu expresión, el desagrado profundo que tales conversaciones te producen.

Los sicarios y satélites armados de espadas y lanzas son los que hacen formidables a los tiranos. No obstante, un niño se acerca a ellos y no experimenta temor alguno. ¿Por qué? Porque desconoce el peligro. Luego tú no tienes más que desconocerle para despreciarle.

No es necesario, ni mucho menos, asistir con frecuencia a los teatros y juegos públicos; pero, de asistir alguna vez, guardémonos de declararnos partidarios de alguno de los campos. Conservemos para nosotros mismos nuestro favor y nuestro entusiasmo; pero contentémonos con ser meros espectadores de lo que ocurra, dejando, sin enojo, que la victoria, favorezca al que la ha alcanzado. Este es el único medio de no enfadarnos ni contrariarnos nunca. Tampoco debemos prorrumpir en exclamaciones, carcajadas, ni pal-

motear y gesticular; y una vez fuera del lugar no nos complazcamos en charlas sin tasa de lo que hemos visto, porque ni ello ha de modificar nuestro modo de ser ni hacernos mejor de lo que somos. Lo único que demostrarían estas interminables conversaciones es que una cosa tan nimia y fútil como es un espectáculo de circo había embargado por entero toda nuestra atención.

Si ves a alguien entrar en el baño muy de mañana, no digas que hace mal en meterse en el agua antes de tiempo; di simplemente esto: que se baña a destiempo, pero sin meterte a juzgar si hace bien o mal. ¿Que uno debe mucho? no digas que hace mal en beber, sino que bebe mucho. Porque sin conocer la causa que le impulsa a obrar, ¿cómo te atreves a decir que obra mal? No juzgues, pues, de este modo; que puede ocurrir que veas una cosa y juzgues otra.

No necesita un citarista sino pulsar el laúd para saber que está desafinando y fácil y prontamente lo afina. Pues bien: para vivir con seguridad entre los hombres, el sabio debe poseer el arte de hacer con ellos lo que el citarista hace con las cuerdas de su instrumento: ver cuáles están discordes y ponerlas a diapason. Este fué el arte que Sócrates poseyó en grado insuperable.

«Compongo hermosos diálogos; escribo buenos libros». ¡Ay, amigo mío! Preferiría que me demostrases que sabes dominar tus pasiones, moderar tus deseos y sujetar a la verdad todas tus opiniones. Pruébame que no temes ni la cárcel ni el destierro, ni el dolor, ni la pobreza, ni la muerte. Sin esto, creo que, a pesar de los más hermosos libros que pudieras escribir, eres un ignorante.

No es el trato cosa indiferente. Si frecuentas a un vicioso, a no ser que tengas absoluto dominio de ti mismo, más fácil es que te corrompa que no que tú le corrijas. Y si hay, pues, tanto peligro en el comercio con los ignorantes, preciso es obrar en él con gran prudencia y sabiduría.

Que ni las censuras ni las burlas de tus amigos te impidan mudar de vida. ¿Preferirías, quizás, seguir siendo un hombre vicioso para darles gusto a desagradarles volviéndote virtuoso?

Ni las victorias de los juegos olímpicos, ni las que se alcanzan en los campos de batalla, pueden dar al hombre la felicidad; las únicas que tal logran son las que se alcanzan sobre uno mismo. Las tentaciones y los contratiempos son los verdaderos combates. ¿Has sido vencido una vez, dos, tres...? Sigue combatiendo. Si al fin sales vencedor serás feliz para toda tu vida, cual si hubieses vencido siempre.

No te desanimes por nada ni en ocasión alguna; imita, por el contrario, a los maestros de pugilato, que cuando ven a un novato rodar por el suelo le obligan a levantarse y volver a la lucha. Pues del mismo modo debes hacer con tu espíritu; nada hay más dócil que el espíritu humano: no hay más que querer, lo demás se hace solo. Pero si te acobardas, estás perdido, pues no volverás a levantarte en tu vida. Cuidado, pues, que tu pérdida o tu salvación están en tu mano.

Selección de Vladimir Muñoz.

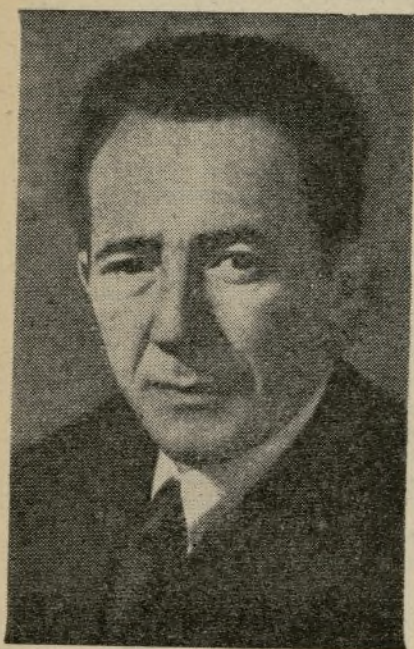


# La vida y los libros •

## « LA NOUVELLE CLASSE DIRIGEANTE »

por Milovan DJILAS

Texto francés de A. Prudhommeaux,  
aparecido en la colección «Tribuna Libre»



Milovan DJILAS

Milovan Djilas es, al parecer, hijo de una familia de oficiales del ejército; fué animador de los estudiantes comunistas de Belgrado y jefe de guerrilla durante la ocupación alemana.

Teniendo en cuenta ese origen y esta juventud, uno no se lleva chasco que el autor del libro vislumbre las cosas y las diferencias entre los hombres tan solo bajo el punto de vista nacional, como si hubiera algo de definitivo y natural en el concepto de nación, y silencie totalmente las relaciones morales e ideológicas del individuo y de los grupos de individuos ajenos al marxismo.

Más tarde fué dirigente principal del Estado yugoslavo, staliniano exaltado, titista rabioso, cuando dejó de ser staliniano, y hoy... occidentalista a lo Becan cuando estudia a Occidente y partidario de Imre Nagy y de su actitud, cuando piensa en Oriente.

En «La nouvelle classe dirigeante», Djilas denuncia al Estado bolchevique como el estamento más nocivo para el hombre, para el progreso y para la armonía de los pueblos.

Distingue entre el comunismo, «como aspiración a una vida mejor» y el «comunismo con pretensiones de ciencia suprema, única y absoluta», porque «en estas aspiraciones se formalizan los gérmenes espirituales de su despotismo».

Implicitamente, el autor no atribuye a los hombres, a las necesidades ni a las circunstancias, el resultado tiránico del Estado bolchevique sino a las bases y doctrinas mismas del marxismo.

Comunismo y marxismo, para él son la misma cosa: «El punto de partida de esos abusos (los del comunismo) se encuentran en las mismas obras de Marx, aunque éste no lo haya pretendido.»

A Hegel, maestro e inspirador de Marx, lo identifica con la monarquía absoluta de Prusia: «El absolutismo prusiano era menos absoluto que el comunismo.»

Encarece hacer distinción entre la doctrina y el hombre: «Hegel se inquietó de las conclusiones que podrían derivarse de sus propias teorías.»

Fué Marx, según él, quien las radicalizó, para después, no obstante, arrepentirse y negarse a sí mismo cuando escribió: «Una cosa es cierta, que yo (Marx) no soy marxista.»

Marx y Hegel salvan así su responsabilidad histórica, o pretenden salvarla, ya que ellos no son culpables de que los demás hayan aceptado teorías que los mismos autores reniegan.

Niega a Lenin como conductor de masas preclaro y calculador. Lenin un mes antes de la Revolución de Octubre, dirigiéndose a las juventudes socialistas de Suiza, dijo: «Nosotros, la vieja generación, quizás no vivamos para ver las batallas decisivas de la revolución que viene, pero las juventudes de hoy si que, creo, tendrán la fortuna de verla.»

Se declara tener fe en el progreso democrático, económico y social de Inglaterra y de otros países de Occidente.

Estudia la imitación servil de los países comunistas al régimen totalitario ruso y expresa la esperanza de que en cuanto a los partidos comunistas de Italia y Francia, guardarán siempre cierta independencia y no se dejarán avasallar. «En estos dos países, dice, la revolución no tiene razón de ser».

Es sorprendente que Djilas no diga nada sobre las luchas y las traiciones del bolchevismo para la toma del poder: «El triunfo del Partido bolchevique sobre el menchevique se debe a que ha sabido asociar intimamente la revolución anticapitalista y la industrialización.»

«Cuando el bolchevismo tomó el poder sólo contaba éste con 80.000 hombres. En Yugoslavia contábamos 10.000 en el año 1941.»

Los métodos de terror comunista los compara a los de la religión cuando ésta era fuerte.

En fin, si no olvidamos que el autor ha sido el teórico del titismo; si recordamos que ha pasado por todas las etapas del poder, y si se sabe que Djilas, al enfrentarse con el bolchevismo, incluso con el que él mismo fundó, adquiere una responsabilidad mayor que la que intenta salvar con su libro, se comprende que a pesar de su experiencia, este hombre no ha encontrado aún el camino de la verdadera Revolución social.



Deja bien sentado que el bolchevismo descubre una nueva clase: La clase dirigente, es decir, la burocracia. «Lo demás —dice— es impostura y engaño.»

Eso es todo.

\*\*\*

## « ACCUSÉS HORS SÉRIE »

por Henry TORRES

La recta personalidad jurídica de Henry Torrès queda reflejada en este libro de la colección « L'air du temps ».

Los lectores de CENIT ya conocen a Torrès porque este abogado es conocido por todos los hombres que han experimentado una inquietud, por todos los que, de cerca o de lejos, han tenido que habérselas con los defensores o los atacantes de la moral del día, de las instituciones de la hora, de las tiranías del momento.

En su libro, desde luego, se descubre límpida y perfectamente, no ya solamente como abogado sino como hombre. En « Accusés hors série » Torrès ha puesto todo su corazón. Toda su vida ha sido así. Sus facultades físicas, «casi inhumanas», le llevaron a ser abogado porque era hombre; cosa muy diferente de los que llegan a ser hombres porque son abogados.

En sus 300 páginas encontramos los rasgos más particulares de cada uno de los encartados que él defiende y el desarrollo de los hechos a los que, con verdad o sin ella, se les acusaba de haber tomado parte.

Henry Torrès no empezó su carrera de leyes por el prurito de hacer carrera sino por humanidad.

Se hizo abogado de los pacifistas en el frente de guerra, siendo él sargento. No podía concebir que huir del barro y de la metralla, fuese delito.

«La sala de audiencias era una granja de los campesinos del norte de Francia. El tribunal estaba compuesto por hombre en uniforme. Todos al abrigo del cañón pero no del estruendo de los cañonazos.»

¿A qué educación obedecía el humanismo de Torrès? No lo dice. Acaso haya influido mucho en su mente P. Istrati de quien declara que le entusiasmaba mucho.

Su inclinación a la libertad puede ser una deducción filosófica. En todo caso ha hecho una conclusión suprema: «Prefiero al Clemenceau de 1894, autor de la «Mêlée sociale» que le Clemenceau de 1918, jefe inflexible de la patria, porque no he admitido nunca que las exigencias de salud pública (razón de Estado) puedan imponer una disciplina a la libertad.»

¿Por qué callar al Clemenceau defensor de las víctimas de la Mano negra?

Cita más de 20 procesos: el de Germaine Berton que quiso vengar a Jaurès matando a uno de «Action Française»; el de Schwartzbard que mató al culpable de los «pogroms» de Ucrania contra los judíos; el de los acusados por el incendio del Reichstag, etc., etc.

No se para en nacionalidades: ha defendido franceses, italianos, alemanes, eslavos, rusos, judíos, españoles...

Entre los españoles cuenta Maciá, quien, por cierto, fué expulsado de Francia para, pocos meses después, llegado que hubo a la Presidencia de la Generalidad, ser decorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Y cuenta también Ascaso, Durruti y Jover, a quienes llama «fers parmi les fiers». De los anarquistas españoles dice: «Siempre les he guardado afecto, más que por su ideología, por su fuerte personalidad: desprecio al peligro, absolutismo

del honor, ostentación del sacrificio, la hidalguía en la re-cueta, etc.».

«Yo defendiendo a quien quiera que esté en peligro. Ante todo yo pienso salvar un hombre. Cuando no puedo, siento gran dolor de corazón, como todos los abogados y los médicos que tienen lo humano como aspecto imperativo de su oficio.»

Está, como hombre, en contra de todas las tiranías: «Que venga de Berlín, de Moscú, de Roma o de Madrid, la opresión tiene siempre la misma cara, y los que se levantan para combatirla la misma fe.»

«Accusés hors série» no es sólo una narración de abogado, es una afirmación del hombre que confirma la lucha contra la tiranía.

El autor de «Accusés hors série» es un abogado hors série.

\*\*\*

## « C'ÉTAIT EN 1900... »

por G. DE LACAZE-DUTHIERS

La obra de Gérard Lacaze-Duthiers cuenta con más de cuarenta libros, pero entre todos, a mi ver es «C'était en 1900...», a juzgar por su primer tomo, el que constituye y totaliza el conjunto y el pensamiento del autor.

Gérard de Lacaze-Duthiers toca en el primer tomo, que tiene como subtítulo «Les laideurs de la belle époque», todos los aspectos estudiados más ampliamente en sus demás libros. Expresa su pensamiento sobre política, filosofía — ¿acaso él mismo no es a la vez un filósofo? —, sobre los movimientos Socialistas, sobre la Anarquía, y además, gracias a este libro, nuestro compañero se revela un perfecto y acabado historiador, o por lo menos, con él colma sus dotes.

Y no hace historia por historiar. Cuando el anarquista individualista que es De Lacaze, escribe la historia, no pierde de vista el objeto que persigue: las deducciones filosóficas, sociológicas y pedagógicas que se desprenden. El corazón de su libro se centra en los diez años que van desde 1895 a 1905. Son estos los diez años más cruciales del período comprendido entre el 1850 y el 1930.

Sus diez años de historia constituyen un alto en la humanidad y un arranque; en esa década se concretiza la preparación intelectual y revolucionaria, nihilista a veces, del pueblo francés, particularmente, y de la Europa en general, aunque en menos escala, y empieza también otra forma de lucha que mezclada a las corrientes intelectuales y sociales de principios de siglo han caracterizado, pudiéndola vislumbrar ya, la marcha de la sociedad en la primera mitad del siglo XX.

No concibe política sana, ni política honrada; «la política, dice, hay que dejarla de lado, es una cosa muy fea, causa de nuestras desgracias».

Gérard de Lacaze-Duthiers no cree en que las revoluciones sean saludables al progreso ni a la civilización; menos aún a la Anarquía.

Aristóteles, hace 2500 años, ya hizo el proceso de los criminales de Nuremberg.

A tenor de la lectura de este importantísimo libro, puede uno permitirse hacer un paralelismo de épocas, acontecimientos, hombres y actitudes.

Sócrates, Aristóteles y Juvenal se llamaron más tarde Erasmo, Montaigne, Voltaire y Rousseau. «Con estos dos últimos, dice, se dió un empujón decisivo a las instituciones.»

A la época ateniense sucedió la romana, a los excesos del paganismo sucedió el cristianismo. A los excesos de éste se han hecho necesarios los librepensadores.



# TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

## DETERMINISMO Y VOLUNTARISMO



Se ha puesto en boga, especialmente entre nosotros, el plantear este problema del determinismo y voluntarismo, como si en realidad se tratase de dos tesis antepuestas, como si la admisión de la una representase la negación más absoluta de la otra, o viceversa.

Este planteamiento confiere tanto al determinismo, como al llamado voluntarismo, la condición de ideas motrices, como si tras cada una de ellas se levantase todo un sistema del mundo con sus consecuencias filosóficas, económicas, sociales, morales, etcétera, etc. En lo que respecta al determinismo, en parte muy importante, podría ser considerado así, aunque en el fondo la idea motriz del determinismo es el materialismo con las leyes de la mecánica universal. Pero no ocurre ni mucho menos lo propio con el voluntarismo, ya que éste, bajo ningún concepto, representa una idea motriz, ni está, como en el caso del determinismo, emparentada con una idea motriz opuesta al mismo.

Si en realidad tuviéramos que oponer una antítesis a la

tesis del determinismo, ésta no podría ser otra que la del libre arbitrio, y si en el caso del determinismo hemos señalado que era un derivado o consecuencia directa del materialismo, con las leyes de la mecánica universal, en lo que hace referencia al libre arbitrio, es éste un derivado o consecuencia directa del espiritualismo, con su dualismo de cuerpo y alma, verdadera tesis, ésta, de oposición al materialismo. De todo ello saco como consecuencia que el planteamiento lógico de este problema no puede ser otro que Materialismo-Espiritualismo, y sus derivados directos, Determinismo-Libre Arbitrio.

Planteadas las cosas en estos términos, considero que sería posible evitar defectos en el transcurso de las discusiones, y que éstas seguirían un camino normal porque sería fácil—según apreciación propia—sentar unas premisas generales de orientación y evitaría así mismo que en el involucramiento de los términos se confundiera a un voluntarista en un libre albedrista, y como consecuencia en un espiritualista y deísta.

Viendo que en este planteamiento no aparece para nada la voluntad, y siendo que indudablemente existe una co-

*«Con la Revolución francesa, el Poder ha cambiado de manos. Ni el poder ni las manos han sido mejores. Los hombres tampoco.»*

*«El siglo XIX rompió con todos los credos, pero el mundo no se ha perfeccionado.»*

*A veces nos presenta conclusiones que parecen pesimistas. Nada de eso. Es la parte expositiva en que fundamenta la necesidad del anarquista individualista, base de toda la filosofía, de toda la civilización en el más alto concepto de la palabra, y de la sociedad misma.*

*Para él no hay épocas paralelas sino el «eterno volver a empezar de Heráclito» como verdad incontestable. «Cuanto más cambia la sociedad y el hombre, más continúan siendo lo mismo.»*

*No niega a Nietzsche cuando dice el papel que juegan y han jugado siempre las minorías que piensan y trabajan.*

*¿La Belle Époque? «Era bella porque teníamos 20 años», y a esta edad es cuando se tiene fe en todo y principalmente en el porvenir.*

*¿Los gobiernos? «El mejor no vale nada».*

*De los reyes de la República, descubre su lado privado, que es el único que podría ser respetable, y nos presenta algunos que murieron prematuramente debido a su vida degenerada. Idem de algunos altos prelados de la Iglesia católica.*

*Estudia las alianzas diplomáticas y militares. Dreyfus y Zola, de Jaurès, de Ferrer. Los errores y las consecuencias ocasionados por los partidarios de «la propaganda por la acción», y «la tiranía que la Iglesia ha impuesto siempre a los gobiernos».*

*Cita, a lo largo de sus 450 páginas, los principales personajes de la política, de la finanza, del ejército, de la Iglesia, cuando no del mundo intelectual o social.*

*Todo, muy enriquecido de detalles importantes y en un estilo tan claro como profundo, tan elegante como patético.*

*Como historiador, pues, ha conseguido y afirmado sus propósitos. Pero Gérard de Lacaze-Duthiers no podía limitarse a historiar solamente. Hace más. Ofrece al mundo y a los hombres una verdad. La gran verdad de la Anarquía: «La Anarquía es una ética superior, dicho de otra forma, es una estética de la vida donde no hay fealdad y donde la armonía reemplaza al desorden». Y el moralista surge también en todas sus conclusiones que se refunden en las siguientes palabras: «Fuera del individualismo anárquico, que es el arte de vivir en armonía consigo mismo y con los otros, no hay salvación para el hombre».*

*«C'était en 1900...» es, pues, también un mensaje que parece deba cerrarlo cuando dice: «Hará falta mucho tiempo antes de que este ideal se realice».*

M. CELMA



riente que se denomina con este nombre, cabe preguntarse entonces a qué queda reducido este voluntarismo que no aparece por ninguna parte en el planteamiento del problema. Es mi propósito tratar de seguir el desarrollo de este planteamiento para llegar a lo que es la voluntad y tratar asimismo de ver el papel que juega y el poder que a la misma se le puede conferir, siempre, indudablemente, según apreciación propia y fundamentándola según mis escasos conocimientos.

Si en tanto que anarquistas entramos en el análisis de las distintas tesis-antítesis anteriormente planteadas, tendremos grandes posibilidades de ir llegando a conclusiones generales. Así, en lo que respecta a Materialismo-Espiritualismo, admitidas ciertas puntualizaciones, podremos afirmarnos materialistas, y las puntualizaciones consistirán en que al afirmarnos materialistas, lo haremos partiendo de la base de que el anarquismo es filosofía, y que, al buscar los primeros principios, afirma el materialismo y la unidad de la materia como origen de la vida, a la par que niega el origen divino del universo y la dualidad metafísica de cuerpo y alma. Ello sin que represente que, al afirmarnos materialistas, neguemos que puedan existir anarquistas espiritualistas, si bien en éstos el anarquismo, más que filosofía, será sentimiento, y en lugar de buscar los primeros principios, adoptará una forma de vida altamente humanista. Tal es el caso de Tolstoy, que siendo deísta, era, por sentimiento y forma de vida, anarquista, y tal es el caso de múltiples reformadores religiosos, que, no obstante su religiosidad, afirmaban y luchaban por principios de forma de vida francamente anarquistas. El propio determinismo que se manifiesta opuesto por completo a la idea del libre arbitrio, admite su compatibilidad con ciertas clases de deísmo que no entrañen la existencia del espíritu (Determinismo y Responsabilidad, A. Hamon, edit., F. Sempere y Cía., pág. 61) cuando dice: «El determinismo excluye necesariamente la existencia de algo inmaterial en el ser. El no está en contradicción con cierta forma del deísmo, pero está en oposición con el espiritualismo». Si yo por mi parte tuviera que señalar cuál o cuáles pueden ser éste o estos deísmos que, admitiendo como consecuencia la idea de Dios, pueden ser aceptados por los deterministas y por lo tanto materialistas, podría señalar el panteísmo con su deificación de la naturaleza y el alma universal.

Hecha ya la afirmación de nuestro materialismo (con las puntualizaciones hechas), al entrar en la discusión del dualismo antitético Determinismo-Libre Arbitrio, tenemos ya parte del terreno recorrido con la afirmación anterior; en efecto; siendo materialistas, afirmamos la ley de la causalidad según la cual todos los efectos provienen de causas, creando ello un encadenamiento del que el mundo es el resultado; por contra el libre arbitrio representa la negación absoluta de la causalidad; es como si dijéramos que de la nada puede venir algo; como si dijéramos que el vacío puede producir efectos, y en el orden de la fisiología humana sería la admisión de que existe en nuestro cuerpo algo inmaterial, capaz de determinar nuestros actos sin que exista ninguna influencia que le haga inclinarse en uno u otro sentido; algo que escapase a la composición biológica de nuestro ser; contradicción evidente con las más elementales leyes de la física, de la biología e incluso de la lógica. Admitido primeramente nuestro materialismo, de ello es consecuencia la admisión del determinismo, de un determinismo general de orden científico que regula la

vida de los pueblos, y cuya principal afirmación, como ya queda dicho, es la ley de la causalidad, según la cual, todo, todo en absoluto, proviene de causas de cuyo encadenamiento somos nosotros una consecuencia o efecto.

Sin que pretenda poner cortapisas a la afirmación anteriormente hecha, diré, sin embargo, que nosotros somos parte ínfima de este todo material llamado Universo, el cual conseguimos interpretar parcial y paulatinamente, arrancándole secretos que nos permiten entrar en el conocimiento de las leyes naturales que regulan su función y funcionamiento, dándoles a las mismas la aplicación que mejor cuadra a nuestros intereses e ideas preconcebidas. En el análisis de los fenómenos y de las cosas, en lugar de sacar las consecuencias que de la observación de esos fenómenos y de su resultado se desprende por sí mismos, nos empeñamos en hacer decir a las cosas aquello que las cosas por sus consecuencias no dicen, aquello que más interesa a nuestros intereses.

Tenemos toda una serie de hechos científicos, de descubrimiento de leyes naturales, con los que los hombres descubridores en su observación de estas leyes pretendían afirmar y fundamentar con las mismas los más opuestos intereses e interpretaciones de orden social, especialmente. Por ejemplo, el llamado darwinismo, del cual en tanto unos sacaban consecuencias fundamentando nuevas concepciones sobre una forma de vivir más humana—el Naturalismo, por ejemplo—, otros, acogidos a una de las afirmaciones de Darwin sobre la lucha por la vida entre las especies, como motivo de selección y mejoramiento, trataban de justificar y fundamentar la sociedad presente con todas las injusticias y atropellos al derecho del individuo. Lo que obligó a Kropotkin al profundo estudio que representa su «Apoyo mutuo», para afirmar que Darwin nunca había dicho aquello que los darwinistas le atribuían y de lo cual sacaban consecuencias tan particulares. Kropotkin demostró que en la selección y mejoramiento de las especies entraba el apoyo mutuo en parte mucho más importante, que la lucha entre seres de la misma especie, y que la lucha entre sí, sólo en casos extremos se presentaba y como motivo de unas circunstancias extrañas a la propia naturaleza de los seres. Otro ejemplo, las afirmaciones que en torno a las leyes de Malthus se hicieron, en uno o en otro sentido; unos, y el propio Malthus entre ellos, al principio, para justificar la guerra, el hambre y las enfermedades como formas morales y normales para restablecer el equilibrio roto como consecuencia de la diferencia de crecimiento entre alimentos y población, y otros, y el propio Malthus entre ellos, en la revisión posterior de sus obras, para fundamentar el desarrollo de la conciencia en relación a los nacimientos (control y restricción de los mismos), como medio de restablecer el equilibrio roto por el mismo motivo. Los ejemplos podrían ser interminables: los ismos y los neoismos, que entrañan una contradicción patente con sus ismos de origen, harían la relación interminable, y haciéndonos redundar en el mismo ejemplo.

El determinismo no podía escapar a este defecto humano, y así vemos concepciones del determinismo en el orden social, que anula y aniquila de tal forma al individuo, que le deja transformado en un completo autómatas, que anula, en lugar de estimular toda acción tendente a reformar el medio en que el ser se agita; otros con concepciones del determinismo transforman al ser en un tubo digestivo, cuya toma de conciencia depende de que el tubo digestivo esté lleno o vacío, concepciones que sumen, de



acuerdo con determinadas leyes deterministas, a los hombres y a los pueblos en la más absoluta y despótica de las autarquías; otros, aun aplicando el determinismo a sus deseos y concepciones particulares, afirmando la tendencia de la Historia hacia la anarquía, y la completa concordancia entre la ciencia y el sistema moral que la anarquía representa.

Son todas estas afirmaciones, todas estas interpretaciones particulares de una ley natural, las que determinan el nacimiento de una corriente que, colocando en el pináculo de la misma al hombre, afirma ser él el principal factor determinativo, el más importante de los factores, el que escribe la Historia, sustrayéndose cada día más a los factores externos, y a la presión que los mismos puedan ejercer sobre él.

De aquí arranca—según apreciación propia—el nacimiento de esta corriente que se manifiesta entre los anarquistas llamada Voluntarismo, y que—según apreciación propia también—nada tiene que ver ni con espiritualismo, ni con su derivado el libre arbitrio, ni con ninguna de las concepciones del deísmo. Así, pues, el voluntarismo no siendo ni teniendo ninguna relación con ninguna filosofía espiritualista, tiene forzosamente que estar comprendido en el propio determinismo. Y ésta es, en efecto, mi conclusión; el voluntarismo no es más que una interpretación particular del determinismo, de un determinismo humano, cada día más humano, en oposición al determinismo que, clasificando al hombre como una más entre las causas y efectos que forman el universo en su conjunto, le anula, le aniquila, dejándole en el triste papel de un autómatas que nada puede hacer para sustraerse a su destino fatal, determinado por la suma total de los fenómenos que componen el mundo todo.

Yo, por mucho que me he esforzado en encontrar en algunos llamados voluntaristas afirmaciones que negasen rotundamente el determinismo, no he conseguido hallarlos. Lo que sí he encontrado, implícita o explícitamente, es el reconocimiento de la existencia de un determinismo, si bien colocando a éste en los justos terrenos de los que jamás debía haber salido, y ya en abierta oposición al determinismo fatalista que anula, que invita a la inacción, edifica un determinismo humano, en el que la acción del hombre es el principal, el poderoso determinante, capaz de sustraerse a la presión exterior y al desequilibrio interior de muchos, en muchísimos casos.

No ya en el propio Malatesta, principal exponente del voluntarismo en nuestros medios y al cual me propongo a grandes trazos analizar, en su concepto del voluntarismo y el determinismo, sino incluso en los propios deterministas, cuya principal afirmación es el demérito o la irresponsabilidad en las acciones humanas, tengo el convencimiento que se puede fundamentar, y así trataré de hacerlo, el concepto del voluntarismo que yo tengo y que he creído hallar en el propio Malatesta.

Malatesta, en distintos lugares de su obra, reconocía la existencia del determinismo, si bien de éste, en lugar de querer sacar una serie de consecuencias que más que inherentes al determinismo, son conclusiones adaptadas a nuestra forma de ser e interpretar personal, se limitaba al reconocimiento de lo único que en buena lógica se podría y debería decir del determinismo. Esto es, que no existe causa sin efecto, ya que toda ulterior interpretación no entraña nada más ni nada menos, que pretender estar en el conocimiento de la intensidad e influencia de todos

los factores que en nosotros influyen, sacando de ello conclusiones que, en lugar de representar una valoración del individuo que se eleva, mediante su esfuerzo y su voluntad, le dejan reducido al triste papel de máquina, al de instrumento ciego, que nada puede hacer para romper el círculo fatal determinado por su constitución biológica, y su herencia principalmente.

Malatesta, escribiendo sobre la voluntad, decía (publicado en «Votontà» de Ancona, número 1, del 3 de enero de 1914; artículo «La Voluntad» sacado del libro de Luis Fabbri, «Malatesta», edit. Américalee pag. 195): «Ciertamente que la voluntad no es omnipotente, puesto que está condicionada por las leyes naturales; pero se hace tanto más poderosa en el descubrimiento de dichas leyes, cuyo conocimiento, mientras parece restringir su poder, le da la posibilidad de realizar sus deseos, le confiere un poder efectivo».

Son varias las conclusiones que de este solo escrito pueden sacarse; entre ellas la de que bajo ningún concepto puede confundirse la voluntad de Malatesta, con el libre arbitrio de los espiritualistas, ya que en tanto éstos admiten la omnipotencia del espíritu (alma), para poder determinar en uno u otro sentido, Malatesta, a la par que negaba su omnipotencia, afirmaba estaba condicionada por las leyes naturales, limitaba su poder al conocimiento del mundo exterior. En la misma, lejos de encontrar una negación del determinismo, se deduce la admisión del mismo cuando dice, que la voluntad se hace tanto más poderosa en el descubrimiento de las leyes naturales. Este descubrimiento de las leyes naturales, representa los motivos que sobre nosotros pesan, representa la explicación de los efectos que determinadas causas engendran, representa la admisión del determinismo, pero de un determinismo que en «lugar de restringir» su poder, el de la voluntad, como afirman ciertos deterministas, valoriza al individuo. Ya que este «conocimiento de las leyes naturales le da la posibilidad de realizar sus deseos, le confiere un poder efectivo». De todo ello se colige una interpretación particular del determinismo, hecho innegable, y es esta interpretación la de que, existiendo un determinismo, nosotros, en tanto que individuos conscientes, que vamos adquiriendo un conocimiento paulatino del mismo, o, dicho de otro modo, nosotros, en tanto que individuos conscientes, que vamos adquiriendo un conocimiento de la relación entre causa y efecto, tratamos de adaptar nuestra actitud, nuestra acción, de una manera voluntaria o consciente al fin que nos proponemos. El conocimiento del mundo exterior e interior nos da conciencia anticipada del resultado que determinadas acciones nuestras pueden engendrar en el ambiente general o sociedad.

El reconocimiento determinista en Malatesta, colocándolo en sus justos medios, lo encontramos en la página 194 de la obra ya citada cuando—según Fabbri—«Malatesta no negaba el principio de causalidad; incluso afirmaba que responde admirablemente a ciertas necesidades de nuestro intelecto y es guía seguro en el estudio físico-químico», y reconocía que «el libre albedrío absoluto de los espiritualistas está en contradicción con los hechos y repugna a nuestro intelecto». Lo que Malatesta negaba eran las interpretaciones que de un hecho científico se sacaban para afirmar cada uno aquello que más interesaba a sus propósitos. Así en la página 198 (obra citada), dice: «Malatesta se oponía a toda concepción fatalista, optimista o



# TEATRALERIAS Y Rutina

## I



SCRIBO francamente indignado. Ya sé que mi indignación importa tres pitos a cualquiera, y más a nuestros camaradas. Los que me conocen de años, Ferrer, Plaja, Montseny, etc., suelen destacar mi manera rezongona, atrabiliaria y quejosa como característica. Será verdad, sí. Pero, es que desde hace sesenta años, camaradas, que no tengo a la vista otro espectáculo que el de una desorientación «in crescendo» en tácticas, maneras, enfoques de nuestros problemas, lo que se acentúa más y más, y lo que nos ha captado la situación de incompreensión, decadencia, insensibilidad y sin ascendente ni influjo en los ambientes y medios sociales que nos circundan.

Es posible que ello se deba a mi manera de ser exigente en cuanto a la solvencia moral y humana de nosotros mismos, que me hace desear el que en nuestra vida de hogar y social, seamos íntegros, conscientes y ejemplares, al comparárenos con la masa estólida y servil en todas las esferas.

Nada tiene que ver en ello, el fondo, la ética, la doctrina, la ciencia, la lógica del Ideal, que permanecen in-

cólumes, recios, firmes, razonados y fecundos como los desearon y expusieron los precursores, los utopistas, los doctrinarios y los teóricos a docenas, que lo honraron y supieron columbrar las bases, organizar los cimientos, fundamentar la lógica de nuestra razón de ser y existir de más de un siglo ha.

Cuantos saben de nuestra acción y de nuestra vigencia, saben también el poco significado que podemos ostentar y lo poco que representamos ni podemos pretender en el conjunto social de Estados, Pueblos, Razas, ni siquiera en los reducidos núcleos que podemos ofrecer de camaradería por doquier.

Y si para ello se necesitara una razón, con recordar y meditarlas que ofrecen los camaradas búlgaros en el exilio y los de Norteamérica (véase los Boletines de C.R.I.A., bien dignos de apoyo), en sus últimas declaraciones, bastarían para retirarnos de la acción y no perder más tiempo en estériles bregas y candorosas cantinelas de simplistas visionarios, sumergidos mansamente al «dolce far niente», tal vez mejor que el actual desentendimiento.

Viene a tono ese cabezal, algo que me ocurre cada vez que leo los programas en los espectáculos que fuera del solar hispano, realizan camaradas, simpatizantes o afines, como expresión artística y cultural, motivadas por fines di-

pesimista, del porvenir social. Rechazaba el fatalismo marxista, según el cual la revolución sería consecuencia inevitable de la «miseria creciente» y de la concentración capitalista», o según el cual la revolución no se prepara, sino que acontece o «llega» como por una ley natural de la evolución y como hecho espontáneo de las masas.

El hecho de que Malatesta se oponía a toda concepción fatalista, lo encontramos en la página 196 (obra citada), cuando dice: «Hemos querido afirmar el poder de la voluntad contra todas las teorías **esencialmente fatalistas** (el subrayado es nuestro), que, o son vanas teorías sin efecto práctico, y entonces son un estorbo lógico que debilita de continuo todo razonamiento, o son lógicamente ejecutadas, y entonces tienden a extinguir todo entusiasmo y a paralizar toda actividad».

Los propios consejos que Malatesta daba en múltiples ocasiones, consejos sobre la revolución, sobre nuestra actitud en todos los momentos, en la propaganda, en la revolución, en la conducta, etc., etc., no representa más que un conocimiento profundo de la psicología humana, sus reacciones ante el ambiente, el comportamiento de las masas, la actitud en cada instante, y todo ello no es más que la fundamentación de un determinismo humano, de un determinismo que, estando en el conocimiento de algunas de las causas que nos influyen, prescribe la forma de conducta en cada momento, con el fin de sobreponerse a todas las circunstancias (determinismos) adversos y seguir adelante con un propósito puramente humano: la conse-

cución de un ideal, que, fundamentado o no, en las ciencias, siendo filosofía o sentimiento, es ante todo una conducta, como él mismo decía (pág. 214 obra citada) retirándose a la anarquía: «Pero esto no es solamente un ideal de realización futura, sino también una norma de conducta y un método en la lucha desde hoy mismo, en la sociedad en que vivimos: practicar la libertad cuanto más las circunstancias, el ambiente y las propias fuerzas lo consientan; reivindicarla y defenderla para todos contra sus vulneradores, en cualquiera de sus manifestaciones, pequeñas o grandes, y no violarla nunca ni consentir que otros la violen en daño de nadie, ni siquiera de los enemigos».

La voluntad, en Malatesta, nada tiene que ver con entes metafísicos, ni es el alma, ni se manifestaba espiritualista, y explícitamente su obra está llena de un determinismo humano, fundamentado en la voluntad, la educación, la libertad y la responsabilidad, y si en algunos de sus escritos, o incluso en muchos de ellos, adopta posturas que parecen estar frente al materialismo, el mecanicismo y el determinismo, escritos que en un examen superficial parecen manifestaciones contradictorias, ello no es por expresarse en contra de dichos sistemas, en tanto que verdades (relativas) de orden científico, sino por manifestarse—digámoslo una vez más—en contra de las interpretaciones futuras fatalistas, ya fuesen de carácter optimista, ya de carácter pesimista.

M. LLATSER

(Continuará.)



versos de ayuda, cooperación y apoyo a cosas que nos inquietan.

Parece que ese manto solidario y fraternal, es suficiente para cubrir la mercancía a ofrecer como pretexto...

Y no, no es ni suficiente, ni honorable, ni digno, ni artístico, ni cultural, ni de conscientes, por mucho que se le quiera justificar.

Los festivales nuestros; nuestros actos de cultura, las manifestaciones que ofrezcamos como arte; las inquietudes y el tiempo que invertimos para soñar, recreo distracción a familias nuestras, de afines, de simpatizantes o de simples curiosos, por ser nosotros quienes las realicemos, fomentamos, apoyamos y respaldamos, deben ser de otro tono, de otro cariz, de otra elevación de la que representa un flamenquismo para señoritos vagos o turistas babiecas, o un distraer de antiguas y aceptación de sumisiones. Deben constituirlos enseñanzas, críticas, exposición de defectos, injusticias, taras y planteamiento de problemas vitales, de presente y de futuro, para todo lo cual contamos con autores y obras en cantidad y calidad, que no son precisamente del tipo costumbrista inocuo y vago de los Quintero, Benavente, Linares Rivas, Casona o García Lorca, ni de la bazofia payasesca de Muñoz Seca, Dicienta (hijo) y otros de procedencia atavista, totalitaria, de rutina y sumisión...

No, no... Todo eso, con sus derivados de ocasión, se da muy a gusto y en abundancia en el solar ibérico que tiene a falangistas y mitrados por regentes, y constituye el pienso diario cultural que se sirve a las mesnadas de sacristía y de resignación en los dominios del bulero máximo español.

Y, ¿qué papel hacen camaradas, simpatizantes y afines, invirtiendo tiempo, saber, recursos, energías, organizando y aderezando festivales, veladas, actos «culturales», utilizando los mismos guisotes, iguales especies para servir las bazofias con que se nutre el intelecto y la emoción de las mesnadas ibéricas?

¿No sería hora de meditar sobre eso? ¿De sentirnos y ser más universales?...

Sí, ya sé... Es el mismo sonsonete que de años tano, en esos temas de teatro y de arte, y es el que motivó aquella frustrada polémica con Zurbarán desde «Ruta», en 1951, cuyo conjunto, por causas varias, me obligó a armar el volumen núm. V de la segunda serie «a roneo» Nuestro Teatro, de Publicaciones «Analectos», en 1952 bajo el título: «Teatro y Arte», y cuyo contenido y argumentación está en pie, esperando el camarada o los contendores, que demuestren su falta de razón y de lógica desde el punto de vista libertario.

Y aun, para ser más preciso, ésta otra vuelta a la noria, repito, es motivada porque se siguen las mismas rutinas y hasta como respuesta a Plaja, cuando me decía: «Me gustaría que en dos o tres trabajos, dieras un repaso al teatro social contemporáneo...», cuya respuesta fué: «Hace unos días te mandé cosas en las que hay «Las tenazas» y la traducción que hice de «Les avériés», lo que verás si sirve, junto con algo mío, que supongo que no serán capaces de hacerlo los aficionados de por aquí, ni de allá, que sólo saben hacer Muñoz Seca, Quintero, Benavente, Lorca, Casona y otras cosas aparentes, dejando de lado lo nuestro de ahora y de antes»...

Sentiría que alguien se creyera que aspiro a censor o dictador de cosas de Arte y Teatro, pues jamás he pretendido otra cosa que emitir opiniones, pero me gustaría y

lo creo necesario, que otros dijeran algo desde el punto de vista libertario al respecto y en atención a nuestras aspiraciones culturales, artísticas, emotivas, desde el sector contrario al campo burgués, capitalista, misoneista, esto es: desde el punto de mira precursor y constructivo, que debe mover todas nuestras actividades y constituir el plinto de nuestra acción, como seres conscientes del valor humano y de las injusticias, mentiras, verbalismos y vicios que corrompen a las masas, pueblos, multitudes cada vez más en el vacío.

Si no resolvemos, como se viene pidiendo desde sectores bien intencionados, una armonización y criteriosidad referente a las ideas y su difusión, es por demás predicar y agitarnos en el tejer y destejer actuales, entre divergencias y miserias intestinas, en tanto transcurren años y años sin que el Ideal reciba la valorización, estima y respeto que merece por los fundamentos de su misma ética.

Y tanto en la vida pública como en la privada, tanto en la de familia como en la de relación social, y en todas nuestras manifestaciones del orden que sean, nuestra labor, nuestro aporte, ha de ser muy otro y de una elevación muy superior a la de la rutina burguesa, capitalista, política y moral que el economismo imperante, si queremos persistir y representar o significar algo en el conjunto.

## II

En 1907 se representó, como prueba de estudio, por el grupo teatral de la Federación Obrera de Sabadell (Barcelona), en el Teatro Euterpe, mi obra «Alba y ocaso», en acto de homenaje a la liberación de los encartados en el famoso proceso de Alcalá del Valle.

En esa fecha se produjo un hecho que no sería posible hoy, ni en la misma España bajo régimen falangista, ni en los medios de la militancia en el exilio, a pesar de los años transcurridos, de las vibraciones libertarias, de los entusiasmos teatrales de que hacemos ostentación, y de la evolución mental e ideológica que debería regirnos.

Pero, dejemos que hable la «Noticia» inserta en el Volumen núm. 2, de Nuestro Teatro, en el cual, publicaciones «Analectos» insertan dicha obra.

«Por aquel entonces—se señala—el Gobierno civil de Barcelona, y dependientes del ministerio respectivo, tenía en Sabadell, dos funcionarios «secretos» para el espionaje soplón de cuanto se hiciera de carácter avanzado. Tales funcionarios aparecieron en la platea del teatro en el día de la función, en procura de cosechar méritos para su «labor», observando la obra y haciendo sus comentarios horrorizados, pudiendo el autor, sentado en la fila de al lado, escuchar todo su «spavento», que iba desde el propósito de conocer al autor y las ganas de llevarlo a Gobernación para hacer un escarmiento, ya que suspender la función, no eran sus atribuciones».

Este sencillo hecho, nos ofrece la ventaja de comparar la situación de nuestra lucha entre ayer y hoy, especialmente en lo que relación tenga en cosas de teatro, de «nuestro teatro», o mejor, de nuestras inquietudes artísticas y divulgadoras de ideales que estimamos superiores a la corriente bestia y criminal.

Ya habíamos pasado, también, por otro trance, no policial, pero sí de inquietud artística, cuando la Agrupación Avenir, de Barcelona, quisimos hacer representar la traducción catalana que habíamos hecho de «Les Avériés».

En esta ocasión, fué la rutina, las preocupaciones, la tontera, la ignorancia de una comediante la que nos plan-



doctrina más nos parece que tenga su génesis en la esfera volitivo-intelectual que en la predisposición antropológica.

Si las falanges anarquistas son infinitamente superiores en número que las socialistas, claro está, entonces, que es el pensamiento quien las ha formado y no su su predisposición delictuosa que hallaría una buena válvula de escape en las profesiones de guerra, ejército, policía y todo lo que tienda a ser violencia (y no salvaguardia) de los pueblos.

No; hay que convencerse y estudiar mucho para ello: nuestro triunfo sobre las multitudes tiene su fuerza en la verdad; los que no están con nosotros es porque no nos conocen.

Cuando nos han estudiado y nos han conocido ya han estado con nosotros.

De todos los que nos critican, censuran e injurian no se saca media docena que conozcan la cuarta parte de nuestras obras y de nuestros periódicos doctrinarios. En las discusiones principian mirándonos como a locos o delincuentes y concluyen reconociéndonos una inteligencia superior y unos ideales justos y bellos, «demasiado justos demasiado bellos»...

Dejemos, pues, a Grave el lugar de demostrar que sólo somos justos, no «demasiado justos», lógicos, él que con su poderosa lógica arriba siempre, o casi siempre, a esgrimir la última conclusión, la última consecuencia, y esto dicho sin la simpatía que profesamos al compañero, de la que siempre fuimos parcos en suscribir y mudos en pagarla.

He ahí todo.

Félix B. BASTERRA.

La revolución encarada por los partidarios de un cambio económico total debe romper con el viejo y romántico revolucionarismo del pasado y buscar métodos nuevos más adecuados. Un poco menos de charlatanería y un poco más de estudios: esto es lo que precisamente nos convendría más.

Pensemos en que una derrota del proletariado habría de pagarse cara, y que los 35.000 fusilados del 71 serán poca cosa con el furor de la represión que desencadenará en el mundo burgués una tentativa de revolución francamente económica, y que la insuficiencia y la presunción son los elementos más seguros de la derrota.

Nosotros, naturalmente, no podremos escoger el día ni la hora de entablar la lucha, ni mucho menos estar seguros de la victoria, pero sepamos, al menos, reunir las mayores probabilidades posibles sirviéndonos para ello de los hechos pasados.

\*

Para los anarquistas que quieren destruir la autoridad, derribar el orden económico para establecer el más racional, no puede ser cuestión de juguete la substitución de las funciones de la autoridad. Los anarquistas deben dar el ejemplo con su persona para entusiasmar y arrastrar a los demás, pero para indicar a los otros lo que deben hacer, es preciso que ellos también lo sepan. Y esto no viene solo, pues como todo lo que el hombre ejecuta durante su existencia, esto se aprende.

A las antiguas formas de relaciones sociales hay que substituir las nuevas. Pero, ¿qué se ha hecho para habilitar a los individuos a familiarizarse con estas nuevas formas?

Y es que, entre los anarquistas, se ha hablado mucho de acción, de iniciativa, pero es que esta proclamación de iniciativa sólo ha servido para el presente para hacer agitar ciegamente a los individuos, haciendo que no se interesen por otras clases de iniciativas.

\*

Es evidente que, en el estado social actual, siendo la crítica mucho más fácil que la realización de las nuevas ideas, las fuerzas se encuentran frecuentemente más acostumbradas a sentir lo que va existe que a ensayar la realización de las nuevas formas de asociación. Combatir. ¡He aquí lo que es revolucionario! ¡Se agita! ¡Se lucha! El resto no es más que fraseología.

Cierto que, entre los anarquistas, hay gentes que saben, pero su número es bastante escaso, aparte de que no pueden poseer el don de ubicuidad, y para que la revolución obtenga éxito, la actividad anarquista deberá desarrollarse en el mayor número de puntos posible.

Para que la educación se difunda es necesario que ciertas verdades anarquistas cesen de ser fórmulas y que los individuos se den suficiente cuenta de ello hasta lograr que dichas verdades formen parte integrante de su vida.



En la revolución social a realizarse existe lo que pudiera llamarse actos negativos y actos positivos.

Hacer desaparecer la autoridad y sus agentes; incendiar el registro civil, el catastro, las actas notariales y de propiedad, derribar las barreras divisorias de las propiedades, he aquí lo que podría llamarse acción negativa. Negación del actual orden de cosas, lo cual habría que hacer urgentemente y sobre bases firmes, pues por mucha que fuere la confusión que esto produciría en la vida capitalista no impediría que continuase funcionando, impidiendo tal vez que la revolución permaneciese al abrigo de una revancha ofensiva por parte de la burguesía (1).

Al lado de estos actos de salubricación existen los que llamaría actos positivos, es decir, la ocupación de las fábricas y las propiedades agrícolas que no se hallen explotadas por el trabajo los que las ocupan (1), ensayos para asociar a los campesinos que cultivan sus propios terrenos; la emigración de los que habitan locales malsanos para ocupar los locales higiénicos vacantes.

No solamente hay que ocupar las fábricas, sino organizar su funcionamiento, como asimismo poner en manos de los campesinos el mecanismo agrícola y mecánico.

Es preciso, asimismo, que desde el primer momento los diferentes grupos entablen inteligencias entre sí para la mejor y más equitativa distribución de productos (2).

En momentos de revolución, cada uno debe saber el rol que le toca desempeñar, pero tiene que procurar no esperar a que comiencen otros para obrar él. Sin duda alguna, muchos discreparán respecto a cual obra es más conveniente dedicar los esfuerzos. Yo no pretendo, sin embargo, que todas esas iniciativas se fundan en una sola, pues ello sería consentir y autorizar una obediencia que vendría a ser

(3) Creemos que el desgaste de energías que harían los revolucionarios en destruir archivos de propiedad, registro civil, etc., es completamente inútil y perjudicial. Inútil, porque si la revolución triunfa de hecho la propiedad y sus anexos quedan anulados, y si no triunfa, la propiedad no queda abolida por más que se quemen los registros de propiedad. Y decimos que sería perjudicial que esas energías se gastaran en eso, por cuanto, se dejaría de emplearlo en cosas de más vital importancia, como ser: la destrucción de cuarteles con sus correspondientes soldados y policías; destruyendo a éstos, queda de hecho la abolición de todo archivo de propiedad, por cuanto el militarismo, es el único sostén de tal desbarajuste.—N. del G. E.

(4) Es innegable, que para tener mejor éxito en la próxima revolución, y para irse acostumbrando se impone que desde ya, los obreros al declararse en huelga, no lo hagan como hasta hoy abandonando las fábricas y talleres, sino quedándose dentro de los mismos y no entregar los establecimientos hasta que los propietarios no cedan lo que piden los obreros; más aún, continuar produciendo y dar lo producido al pueblo para que vaya mirando con simpatía estos movimientos de reivindicación social.—N. del G. E.

(3) He aquí la mejor forma de destruir los archivos de propiedad: distribuir la misma entre el pueblo.—N. del G. E.

## DOS PALABRAS

Cuando los socialistas legalitarios refutan el método y fin—que éste también les merece críticas—de los anarquistas, tienen cuidado de sobra en mentir; si nosotros decimos que tal cosa es negra, ellos, al atacarnos, atacándonos siempre, dicen: los anarquistas suponen que tal cosa es blanca, cuando es roja.

Vale constatar que mienten dos veces, porque lo negro no es blanco ni rojo, sino negro.

Anda por ahí un folleto de un tal Plecanow plagado de contradicciones y sofismas, confundiendo fuerza con energía y violencia con voluntad, presuponiendo que las violencias son el producto de un método, de una táctica—base de toda la ignorancia del autor sobre este punto—cuando, como es sabido, si surgió en los tiempos pretéritos de todos los partidos alguna violencia ella sólo puede haber tenido por causa y concausa la necesidad, tal como acontecerá en lo presente y en lo futuro, si acontece.

Aquí, pues, el autor no miente, al igual de Plecanow, ni se manadolece de esos elementos de lógica que se requieren para encauzar los asuntos.

Como el asunto que se trata es puramente racional, Grave se mantiene puramente lógico; al revés también del Plecanow citado que tomando un asunto que corresponde al determinismo se separa de éste para encuadrarlo en una razón asofisticada. Que Plecanow lo haya querido o no así hacerlo poco nos importa; notamos que sus criterios son falsos y este capítulo de Grave, sin refutar a Plecanow, prueba cuanto decimos: que el anarquismo es el anarquismo y no las impulsibilidades del individuo ante su sentido ético más o menos susceptible a la injusticia.

Algunos creen que es la predisposición antropológica la que determina a los pueblos más explotados, a inclinarse por el anarquismo, mientras los de mayor desahogo económico optan por el socialismo. Nosotros creemos que esto no prueba nada si la una o la otra orientación sociológicas son buenas o malas, que es lo que se debe demostrar. La predisposición antropológica está claro que es, junto con la predisposición que genera el medio social, la que inclina al individuo no sólo al anarquismo, sino también al socialismo; oero inclinarlo no es determinarlo, y lo que determina por una u otra



solos realizar lo que quieran y que la agrupación les dará la fuerza que están buscando.

Una vez hayan comprendido la fuerza de la agrupación y de la voluntad, la experiencia les enseñará los medios más eficaces.

Cuando los individuos sepan agruparse para satisfacer sus necesidades, sus diversiones; cuando los grupos se hayan puesto en relación para facilitarse mutuamente la labor, el germen de la sociedad futura estará echado; de aquí saldrá la sociedad armónica desembarazada de esta causa de miseria entre los hombres y que tiene por nombre: el valor de cambio.

nefasta como la disciplina. Lo que si creo es que la crítica de una iniciativa cualquiera es suficiente para afirmar la iniciativa del que critica. Comprendo muy bien que no es justo asociarse a una obra que desagrada, pero si esta obra imperfecta bajo el punto de vista del que critica, no se halla en contradicción con las ideas generales que sustenta, no hay que tomarla como enemiga, sino tratar de hacerla mejor. Y además, en tiempo de revolución hay margen para todas las actividades.

\*

La iniciativa no consiste en dividir los esfuerzos ni en recomenzar, cada uno a su manera, la obra del vecino. Cuando la revolución rusa, por ejemplo, si en lugar de sublevarse unos pueblos tras de otros se hubieran insurreccionado simultáneamente, la autocracia, acorralada, hubiera luchado con muchas más dificultades para reducirlos. La reunión de los esfuerzos en ciertos casos—sobre todo en revolución—puede dar sus resultados. Lo que se deduce de todo esto es que, al tratar individualmente con arreglo a la propia inspiración, no debe desinteresarse de la obra del vecino. Hay que aliar el individualismo más legítimo con el asocianismo que se impone: he aquí la fórmula de todo estado social que quiere vivir. Es preciso, pues, que en momentos de revolución las iniciativas individuales sepan sostenerse y ayudarse.

Juan Grave.



## LA PREPARACION DEL PORVENIR

«De la sociedad actual no se pasará de un salto a la sociedad futura», nos dicen los partidarios de las reformas. Es verdad.

La Revolución que ha de hacer desaparecer los últimos vestigios de la explotación y de la opresión, será por sí misma impotente para crear el nuevo orden de cosas; únicamente puede allanar el camino. No se rehace una sociedad por entero, ni con una Revolución ni por decretos.

Hombres que fueran a establecerse en un país virgen y donde pudieran constituir toda su organización social, aportarían allí con ellos, a consecuencia de su educación, sus hábitos y sus prejuicios, los vestigios de la organización social que hubiesen abandonado, y, con mayor razón estos vestigios no pueden desaparecer brusca y totalmente en un estado social que no es más que continuación de otro.

Y los que trabajan para reformar la sociedad actual tienen razón en decirnos que desde ahora es necesario trabajar para organizar los grupos que prepararán la sociedad del porvenir.

Únicamente que los que nos dicen esto, después que con más o menos habilidad han adaptado una máquina cualquiera al orden de cosas actuales, se creen ya que esta maquinilla va a destruir el estado social al cual la han adaptado, y se creen con derecho a armar un proceso, a los que, habiendo reconocido que todo este orden social está podrido, dicen que no hay que contentarse con una mejora de este estado social, sino que es necesario trabajar para hacerlo desaparecer por completo.

A menudo ellos mismos confiesan que sus medios son transitorios; esto mismo tendría que hacerles comprender que lo que es transitorio debe desaparecer, y que el mejor medio de ayudar a su desaparición es demostrar que hay otras cosas mejores para ser ejecutadas.

\*

Los partidarios de los sindicatos (sociedades de oficio, secciones de resistencia) nos dicen, por ejemplo: «los sindicatos serán el núcleo de los grupos corporativos de la organización social futura». Los cooperativistas proclaman: «que las asociaciones cooperativas de producción y de consumo sustituirán rápidamente a los industriales y a los fabricantes capitalistas; que de su seno saldrá la vida económica

Con el tacto de codos es como uno se da cuenta de todo lo que se puede hacer.

Podría alargar esta lista; cada prejuicio que queremos destruir, cada engranaje político o económico que queremos romper, cada parcela del ideal que queremos hacer vivir, nos indica una forma diferente de agrupación, nos suministra una salida a nuestra actividad.

\*

Y este modo de obrar tiene, además, la ventaja de crear esta unidad de acción, esta coordinación de las fuerzas que piden los que chillan contra la división que existe entre los que quieren la desaparición del actual estado social. Coordinación que se creyó poder lograr imponiendo un credo a los que se regimentaban, modo de proceder que ha conducido siempre a divisiones y a una mayor dispersión empujada hasta la rivalidad y el antagonismo.

Presentemente, el número de los que aceptan la idea anarquista en toda su integralidad es, no hay por qué disimularse, bien mínimo comparado con la gran masa ignorante. Pero de otra parte, si tomamos separadamente cada una de nuestras concepciones, sea sobre la sociedad actual, sea sobre la que queremos realizar, no hay una sola que no esté más o menos aceptada por buen número de individuos que no quieren pasar por anarquistas.

¡Qué fuerza tan poderosa formarían los que han comprendido, por ejemplo, todo el horror de la guerra y la ignominia del servicio militar, si quisieran agruparse y trabajar para hacer desaparecer estos dos azotes!

No son únicamente los anarquistas los que hallan que la instrucción y la educación, tal como se dan actualmente, son falsas, antinaturales, deprimentes y que empequeñecen las individualidades. ¿Qué podría importar lo que estos individuos puedan pensar sobre otros problemas, si se uniesen para trabajar nada más que en la idea común que los une?

No quiero repetir mi lista, pero está visto lo mucho que podría hacerse, si en lugar de aislarse se trabajara seriamente para realizar alguna cosa.

Es evidente que en ciertos casos, hasta cuando los individuos se hayan puesto de acuerdo respecto al objetivo común, surgirán divergencias respecto de los medios que habrá que emplear para alcanzarlo. Pero la única divergencia que puede impedir formar bloque, es saber si la acción del grupo se hará por los medios parlamentarios o por vía revolucionaria; si se trata, por ejemplo, de resistir a las instituciones económicas o políticas.

Es la divergencia capital que puede dar lugar a dos corrientes en las cuales pueden difundirse las demás cuestiones de detalle. Unir todas las fuerzas en un solc haz, es una utopía que la vida no tarda en demostrar que es irrealizable. Lo importante es desarrollar la iniciativa de los individuos, que aprendan que sólo depende de ellos



ciones al fraude y de los fraudes que se producen—y que pueden producirse sin responsabilidad alguna para los defraudadores, gracias a la multiplicidad de los intermediarios por cuyas manos pasan los productos—, el comercio y los cambios no podrían subsistir sin la confianza que existe entre los capitalistas. Casas hay que deben su prosperidad únicamente a la lealtad de sus relaciones.

¿Es, pues, absurdo pretender que los individuos puedan llegar a un desarrollo más extenso, a una iniciativa más desarrollada, a una mayor conciencia de su dignidad, facilitando con su propio desarrollo la armonía de las relaciones sociales?

Y si en el estado social hubiere mañana grupos e individuos de mala fe que tratasen de engañar a los demás, tanto peor para ellos, porque la vida se les haría difícil con el desvío de los engañados que romperían toda clase de relación con ellos o les pedirían garantías para los cambios sucesivos.

\*

De qué modo se establecerán estas relaciones y sobre qué bases se efectuarán estos cambios, he ahí una cosa que sería prematuro explicar. Los modos de obrar variarán con las concepciones de los individuos. Si todos pensarán lo mismo, no formarán más que un solo grupo; pero como los modos de pensar son infinitos, innumerables serán los grupos y cada uno tendrá su modo especial de obrar.

La necesidad unirá primeramente a los individuos, la divergencia de ideas los fraccionará después, pero la necesidad les enseñará de nuevo las bases de la inteligenciación, conservando siempre su propio modo de obrar.

Cuanto más los individuos desarrollen su iniciativa más pronto ayudarán a la transformación social. Que comprendan, una buena vez para siempre, que no es quedándose en casa, aun con las ideas más subversivas, como va a derribarse el estado social que nos aplasta; sino uniendo nuestros esfuerzos, gastando nuestra fuerza de actividad.

Uno quiere trabajar para resistir y oponerse a los manejos policíacos; ya tiene materia para una agrupación y una acción en este sentido.

Otro sufre al ver la acción deprimente de la enseñanza que da el Estado; es otro modo de acción y de agrupación con objeto de realizar una enseñanza basada en el respeto de la personalidad del niño.

Y otro, en fin, que comprende el papel nefasto del dinero en las relaciones económicas. ¿Por qué no unirse con los que como él sienten y han comprendido los inconvenientes y quieren buscar un modo de cambio más equitativo? Si espera a que se produzca por sí solo, puede esperar sentado.

Quedan el militarismo, la guerra, la magistratura, etc., para abatir. Aislados, no lo lograremos. Cada uno en su rincón se halla sin fuerzas, aplastado por el poder formidable del monstruo.

de la sociedad futura; que por su medio el obrero adquirirá los conocimientos necesarios en la gestión de cualquier empresa y hará el aprendizaje de la dirección, haciéndose de este modo apto para poder prescindir de los que hoy le dominan».

Unos y otros se equivocan. Teniendo por objeto las sociedades de oficio proteger los salarios, tienen que desaparecer con éstos. Todo grupo destinado a competir, en el estado social actual, con los grupos capitalistas, no puede luchar contra ellos sino con sus propias armas, en su propio terreno, contribuyendo así a perpetuar algunos de sus errores, algunos de sus rodajes. Pueden muy bien combatirlos pero a condición de imitarlos. ¿Cómo podrían formar la organización social futura cuando no son más que la continuación de la actual?

Como los hebreos salidos de Egipto, pueden muy bien desde lo alto de la montaña descubrir la tierra de Canaan, pero no serán ellos los que penetren en ella.

Que los miembros que forman parte de estas sociedades adquieran conocimientos y cualidades que pueden serles útiles, muy de acuerdo. Que la transformación de estos grupos hacen sufrir al sistema actual facilita el paso a un grupo más perfeccionado, de acuerdo también.

Dado que nos es imposible realizar inmediatamente y de una sola vez nuestro ideal, forzoso nos es acomodarnos a las miserables posibilidades, pero a condición de que sean como el albergue de noche, durante un viaje, que se abandona al día siguiente para continuar el camino.

Ciertamente, que para realizar la más inofensiva reforma se necesita tener fe en ella, estar convencido de sus reales ventajas sobre el presente estado de cosas. Precisa que estas reformas se realicen, y para que se realicen, y para que se efectúen, es necesario que haya gentes que crean en su eficacia.

Pero para no quedarnos estacionados en ellas, para que estas formas transitorias no se vuelvan definitivas, barrando el camino a nuevas formas de transición, es necesario también que haya gentes convencidas de su impotencia, ávidas de realizar un ideal superior, que empujen a los rezagados... y, en caso necesario, que pasen por encima de los que se retardan.

\*

A la hora actual, las sociedades de resistencia son el único medio legal de lucha que poseen los obreros contra las exigencias patronales. Únicamente su ignorancia y toda su apatía puede explicarnos que desdeñen este medio de resistencia contra sus explotadores.

Pero, ¿en qué estas agrupaciones podrán ayudarles al paso de la sociedad futura, cuando el objeto de estas agrupaciones es defender el salario del obrero, y si este salario ha de desaparecer?

Actualmente que, para la gran mayoría, los individuos están encerrados toda su vida en la misma rama de industria, el grupo corporativo es un grupo natural; pero en el porvenir, donde el indi-



viduo, pudiendo dar libre curso a sus aptitudes, no estará especializado; donde podrá ser carpintero una parte del día y otra parte forjador; donde podrá dedicarse a la agricultura durante un período de su existencia, y en otros, podrá ser escritor, biólogo, químico, astrónomo, sastre o zapatero, las formas de ocupación serán diferentes, tanto más que diversos grupos podrán tener el mismo objetivo, pero difiriendo de método.

Y lo mismo con las cooperativas. Sus partidarios nos dicen: «La miseria proviene de que los productos, antes de llegar a manos del consumidor, pasan forzosamente por las manos de muchos intermediarios y cada uno de éstos aumenta el precio de venta, extrayendo de cada producto un beneficio a título de salario de sus fatigas, de manera que los objetos adquieren de este modo un valor doble, triple, y, a veces, décuplo de lo que costarían realmente si pudieran pasar, sin intermediarios, de manos del productor a las del consumidor.»

«Que los trabajadores se asocien para producir, que los consumidores se asocien para comprar; de este modo eliminarán los intermediarios, los productos serán más baratos y la abundancia existirá para todos.»

Aceptemos (a beneficio de inventario) esta afirmación y veamos lo que vale

\*

Supongamos que las asociaciones cooperativas han dado ya lo que de ellas esperan sus partidarios. Todos los trabajadores se han constituido en asociaciones de producción y de consumo.—Estas asociaciones no se hacen ya competencia alguna y se reparten el mercado.—Las disminuciones que han operado sobre sus productos no han mermado los salarios; los beneficios realizados por la supresión de los intermediarios lo han permitido ampliamente, y esta baja de precio es una ventaja real para el consumidor, ventaja que tampoco lesiona al productor. ¿Qué cambio habrá aportado todo esto a los trabajadores.

Para saberlo, es necesario estudiar el funcionamiento del salario y sus efectos.

Para el que se contenta con una mejora, ésta existe efectivamente. Pero para los que, como nosotros, quieren el desarrollo integral del individuo, la mejora no les satisface. Queremos más.

El vicio fundamental de la organización capitalista es que se produce, no para satisfacer las necesidades del consumo, sino para «realizar beneficios».

Si un individuo pasa toda su existencia produciendo siempre el mismo mango de cacerola millones de veces, fabricando siempre millones de millones de veces un mismo producto, es para que la operación le deje al cabo del día unas monedas que le permitan comprar otros objetos que otros individuos fabrican del mismo modo toda su vida, para tener también ellos mismos algunas piezas mo-

Y esto es tanto más difícil de negar, que precisamente lo que en la actualidad engendra la miseria es esta abundancia de productos. No cabe duda que lo que está en los almacenes quedaría prontamente agotado si cada uno pudiera consumir lo que necesita; pero es necesario no olvidar que en cada corporación son frecuentes los paros, que todos tienen continuamente un respetable número de miembros que no hallan trabajo, y a pesar de ello, los capitalistas tienen tan abarrotados de género almacenes, que a cañonazos van a imponerlos a los malgachos, a los marroquies, obligando a aquellos pueblos a comprar pantalones y zapatos cuando, hasta el presente, se habían pasado tan guapamente sin más vestido que unas plumas en la cabeza.

Hemos visto, asimismo, que la organización capitalista es tan admirable que, por cada individuo que realmente produce, hay cinco que pierden su tiempo haciéndolo perder a los demás.

Respecto a la producción que menos parece prestarse a la extensión, es decir, la agricultura, podemos señalar que quedan inmensos terrenos sin cultivar porque lo que rentarían en seguida no «pagaría» demasiado pronto «el dinero» que absorbería el avalorar estos terrenos haciéndolos producir.

Los procedimientos de producción agrícola están más rezagados aún que los de la industria, y si se perfeccionaran decuplicarían la producción; pero también aquí el sistema capitalista, en lugar de ayudar al desarrollo de la producción, obra sobre ella como un freno moderador, pues la gran abundancia engendra asimismo déficit y miseria.

En el mitin que en 1.º de octubre organizó y efectuó en Nîmes la Sociedad de Agricultura del Gard, se puso de manifiesto que la cosecha de uva había sido demasiado abundante para que el cultivador pudiera salir ganando. Y el señor Doumergue, diputado por aquel distrito, no pudo hallar otro remedio que «producir menos o consumir más».

\*

Se nos hace esta objeción: «Si no tenéis un valor de cambio en vuestra sociedad, se producirán querellas entre los grupos y los individuos; unos querrán mucho a cambio de dar poco; habrá quienes quieran consumir sin preocuparse de producir y vuestra sociedad se desmoronará».

Claro está que si se quisiera actuar este sistema de un día a otro no marcharía sin discusiones ni decepciones.

Pero el orden social no se transformará por arte de encantamiento sigue una evolución gradual. Se producirán ensayos parciales, se comenzarán a crear grupos, y estos grupos no tendrán probabilidades de vida y de hallar quien corresponda con ellos, si no saben satisfacer a los que entren en tratos con estos grupos.

Actualmente, en medio del desorden capitalista, a pesar de la antagónica organización de la sociedad, a pesar de todas las incita-



empleado en la mecánica, y así, según sus gustos, sus tendencias y según el límite de sus fuerzas.

Y puede asimismo variar en el curso de su existencia; ser por una temporada mecánico, zapatero, etc., y durante otra sastre, albañil, carpintero y más tarde agricultor, impresor, etc., etc.

El número de grupos de que pueda formar parte a la vez o en el curso de su existencia, no estará de este modo limitado sino por su propia actividad.

Pero si los individuos no pueden producir cada uno de los objetos que necesitan, preciso será que se entiendan para cambiar los productos de su actividad.

Esto es evidente. No trato de explicar cómo se efectuarán estos cambios. Corresponde a los hombres de mañana pensar en el modo de cambiar los productos sin lesionar a nadie ni quedar lesionados; lo que sé es que el valor de cambio ha de quedar abolido en absoluto si no queremos perpetuar el obstáculo al desarrollo de la producción.

Un grupo se organizará con el propósito de producir un objeto determinado, pero la producción de este objeto le hará entrar en relación con los grupos que habrán de suministrarle la primera materia, la maquinaria, los productos accesorios necesarios a la producción de aquel objeto.

Para obtener de estos grupos lo que de ellos tenga necesidad precisará que ponga a su disposición los productos de su propia actividad y que pueden necesitar estos grupos. Y como que con la maquinaria, una vez en marcha, es sólo cuestión de tiempo producir el doble, el triple y hasta más de lo que se necesita, estos grupos se arreglarán entre sí para efectuar estos cambios.

Además y sin tomar directamente parte en la actividad de un grupo, los individuos pueden formar parte de él y prestarle sus servicios como auxiliares, dándoles este derecho a lo que necesiten de esta producción.

Del mismo modo un grupo puede federarse con varios grupos de producción diferente a la suya. Y de esta multiplicidad de relaciones nacerá para los individuos la facultad de procurarse los objetos que no puedan producir por sí mismos.

De este modo los individuos no producirán para comerciár. Directa o indirectamente producirán para consumir. No tendrán el obstáculo del salariado que limite sus necesidades; la satisfacción de éstas no tendrá más límites que la fuerza productiva de los individuos.

\*

Con la maquinaria actual, con las fuerzas motrices de que dispone el hombre, desde luego—y ya, no quedan más que unos pocos economistas rezagados que sostengan lo contrario—se puede producir en la industria lo suficiente para que todos los hombres no carezcan de nada, para que puedan satisfacer sus necesidades todas.

netarias, con la ayuda de las cuales se proveerán de objetos fabricados por otros.

La máquina que fabrican los mecánicos de un taller no es un utensilio hasta que llega a manos de los que la emplearán. El trigo que hace crecer el campesino, el buey y el carnero que hace engordar el ganadero, no son objetos de consumo hasta que pasan a manos de los que se nutrirán con ellos. Son valores de cambio, que, en el estado social actual, no pueden conservar «todo su valor» mientras su gran abundancia no les deprecie demasiado en el mercado de las transacciones.

He ahí por qué en nuestras sociedades, llamadas civilizadas, vemos a gentes que mueren de hambre porque hay demasiados comestibles en los almacenes; campesinos que se lamentan de una buena cosecha porque no podrán desembarazarse de ella fácilmente, porque les producirá menos dinero que una mediana cosecha; abundancia que solamente beneficia en una pequeña parte al consumidor, pues se prefiere dejar perder una parte de cosecha porque la venta no compensaría los gastos de cosecharla.

«Pero este peligro, afirman los cooperativistas, se evitará cuando todos los productores estén unidos, y como todo productor es al mismo tiempo consumidor, la abundancia de los unos hará la riqueza de los otros.»

Si así lo queréis, yo no hallo inconveniente alguno en que así sea; solamente he de hacer observar una cosa: que lo que a vosotros os hace afirmar que la idea anarquista es imposible de realizar, es que para serlo exige la armonía entre todos los hombres, y vosotros, para que vuestro sistema marche sin obstáculos, venís obligados a suponer esta misma armonía cuya posibilidad negáis a los anarquistas.

Mientras que los anarquistas, sabiendo que el individuo no obedece sino a los móviles que le incitan más directamente, comienzan por suprimir en su estado social las causas de discordias que siembran la competencia entre los hombres, vosotros pretendéis conducirlos a un estado armónico conservando entre ellos las causas de competencia, como son el salariado, el capital y toda la organización que de ellos se deriva.

¡Oh ilogismo!

\*

Nada más que el hecho de establecer un salario para los que producen, es suficiente para poner un límite al concurso del que lo recibe. No puede salir ya del límite que este salario le impone. Si eleváis este salario, los objetos que produce aumentan; si por un artificio cualquiera llegáis a disminuir el coste de fabricación de los objetos que produce, no será más que en un margen muy estrecho, y estas posibilidades de consumir permanecerán siempre dentro de los límites de este margen. Habrá podido realizar una mejora ligera, pero esta mejora permanecerá siempre por debajo de la suma normal de sus necesidades.



Estudiemos el mecanismo de la producción y de los cambios.

Supongamos un zapatero que fabrica un par de zapatos por día. Este par de zapatos representa la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades. En un estado social donde no haya valor de cambio, donde no haya capital, nuestro zapatero produce toda su vida zapatos, o bien emplea su actividad en diferentes ramos de la producción, poco importa, produce siempre el equivalente de su par de zapatos, está seguro de hallar en los grupos de que forma parte la posibilidad de satisfacer sus necesidades.

Pero no sucede lo mismo en una sociedad donde existe el salariado. Nuestro hombre produce su par de zapatos, pero la organización capitalista lleva consigo una multitud de empleos que son útiles a su funcionamiento, pero que no añaden nada a la producción general sobre la cual viven.

El establecimiento de las sociedades cooperativas habrá podido lograr desembarazarnos de los intermediarios, pero no nos habrá desembarazado del propietario del terreno que nos hará pagar su renta, ni de todo el personal doméstico afectado a este solo uso.

Si el cambio de productos continúa haciéndose comercialmente, queda aún todo el personal de contabilidad, que no es pequeño, y el personal directivo, ya que la jerarquía persiste en estas organizaciones.

Después de los domésticos personales del capitalista, hay que agregar el cortejo del régimen político: jueces, policías, diputados, sacerdotes, soldados, y no sé cuántos funcionarios más de todos calibres y colores.

Cada uno de estos parásitos extrae su parte sobre el par de zapatos producido por nuestro zapatero. A esta extracción efectuada por estos parásitos, añadamos los gastos de desgaste de la maquinaria, la amortización del capital, el alquiler de los locales que sirven para la fabricación y la venta, y veremos que al final de su jornada, va no es un par de zapatos lo que nuestro zapatero puede consumir, sino una quinta parte, acaso una octava, o una décima tan sólo de dicha par.

Y entonces se produce un fenómeno curioso. Por el hecho que ha adquirido, antes de entrar en el almacén, un valor más o menos aproximativo, todo objeto producido no puede salir del almacén sino contra presentación del valor integral que representa.

Si representara exactamente el valor del trabajo que ha necesitado, no habría ninguna dificultad; mi parte de zapatos me dejaría con qué procurarme su equivalente en pan, en queso, en sombreros, etcétera; produciendo mi par de zapatos obtendría con qué satisfacer todas mis necesidades.

Pero en realidad no sucede así. Ya hemos visto que los parásitos roen una buena parte.

Y esto sería aún poca cosa si todo el dinero que se ha dado para fabricar estos productos viniera a comprarlos; el productor se hallaría con que le han robado más o menos, acaso llegaría a poder vivir pasablemente; pero nada de esto ocurre. Una parte sirve para

hacer el agiotaje, otra parte se acumula en economías, otra sirve para saldar el mayor valor que adquieren ciertos productos y ciertos terrenos, de modo que los zapatos fabricados por nuestro zapatero, los muebles contruidos por el ebanista, quedan estacionados en el almacén y el comerciante les advierte que en lo sucesivo necesita que produzcan tantos muebles de menos, tantos zapatos de menos, y he aquí un paro que repercute sobre los demás oficios yendo a reducirles la producción, y el consumo también, lo cual ensancha aun más la paralización de la producción.

Y todo esto porque se ha establecido un valor de cambio.

\*

Es necesario, por tanto, cambiar el modo de relación y cambio entre los individuos. Estos no adquirirán realmente la posibilidad de satisfacer completamente sus necesidades, de desarrollarse integralmente, hasta que el estado social haya destruido el régimen de báscula capitalista, hasta que se agrupen para producir directamente todo aquello de que tengan necesidad y no con el objeto de obtener un salario.

Al llegar aquí me parece oír a los economistas que nos replican: «Pero si cada individuo ha de trabajar en la producción de **todo** lo que necesita, toda su vida, pasará trabajando **todo** su tiempo sin encontrar nunca una hora de descanso. Vosotros queréis volver a los tiempos primitivos en que cada individuo era cazador, armero, zapatero, sastre, etc. Las necesidades de aquella época eran muy reducidas y sin embargo el individuo **debía** tener muy poco reposo.»

De todos modos **debía** de tenerlo, pues que halló modo de adornar los mangos de sus puñales y herramientas, llenar de figuras las rocas que encontraba, las paredes de las cavernas que habitaba y la alfarería que utilizaba, etc.

Y nosotros tenemos en la actualidad la maquinaria que no deseamos sino que se nos deje desarrollar, las fuerzas motrices que podemos dirigir y que aumentan hasta lo infinito nuestra capacidad productiva.

De otra parte, no se trata de que cada individuo produzca forzosamente cada objeto que necesite.

Sería absurdo pretender que aprendiera las mil y una industrias en que se ha fraccionado la humana actividad, pero también es absurdo querer que se especialice en una sola. Solamente adquiere en celeridad lo que pierde en desarrollo integral.

\*

Un individuo no puede hacer todos los oficios, pero su actividad puede y debe darse libre curso en varios sentidos si quiere estar bien equilibrado.

Puede simultáneamente formar parte de un grupo que se ocupe de jardinería, de otro que se dedique a la carpintería, de un tercero



# LA HISTORIA TRISTE DE MIS LIBROS

(Conclusión)



HABIA en Londres dos bibliotecas públicas, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Técnica, además en todos los pueblos ingleses que visité hallé una magnífica biblioteca que mandaba libros a domicilio. La Biblioteca Nacional es para mí una de las maravillas del Universo, levantada por los hombres en honor de la cultura universal. Estaba colocada en el Palacio del British Museum y a su entrada había una gran rotonda, espaciosa como una plaza de toros, donde tomaban asiento los numerosos lectores que llegaban de todas las partes del mundo. En el centro de la rotonda estaban las oficinas, donde se solicitaban los libros, y colocados los catálogos, que se necesitaba muchos meses para revisarlos. Todos los libros pedidos eran servidos al momento, y además había un libro en blanco en el que los lectores anotaban las obras que les eran necesarias y faltaban en la biblioteca. Al servicio de los lectores había un cuerpo de profesores y especialistas que podían ser consultados sobre cualquier materia. Además se daban todos los días en el museo conferencias públicas de divulgación a las que asistían numerosos concurrentes dejando por un rato su lectura.

La Biblioteca Técnica sólo contenía libros científicos y copias de patentes de invención. En el piso bajo había un largo salón en el que desembocaban varios departamentos,

de botánica, de física, de química, de diccionarios técnicos, etc. Los pisos altos estaban ocupados por libros, además que se encontraban numerosas revistas científicas de todas partes del mundo. Pero lo que más agradaba es que al entrar en el local se firmaba en un libro que tenía el portero, y después tomaba el lector mismo los libros que necesitaba para su trabajo, sin la intervención de vigilante alguno. Y según me informaron nadie se había llevado libros algunos. ¡Qué maravilloso me parece ahora todo aquello desde este lugar selvático en que tanto se roban los unos a los otros!

En el año 1915, con motivo de la guerra europea, se dió en España una amnistía general, y entonces me acogí a ella, pues todavía vivía mi anciana madre, y mi padre ya había muerto sin poderlo ver. El problema era el transporte de los libros que tenía, que ocupaban unos 15 grandes cajones. Una tía mía que estaba en buena situación económica, enterada de lo que ocurría, se ofreció a pagar el flete. Y en efecto, la compañía naviera Mc. Andrew transportó las cajas al puerto de Sevilla. Pero la entrega presentó las mayores dificultades. Al examinar el contenido de los cajones en la Aduana de Sevilla, ocurrió que el primer cajón que se abrió, contenía, en vez de libros, cráneos de animales, la mayor parte de monos, lo que sembró la alarma en los aduaneros, siendo el dueño un anarquista notorio, porque

teó un problema, pues la tal actriz (no vale la pena nombrarla, pues habrá pasado ya a mejor gloria) nos rechazó el papel, después de estudios y ensayos, pretextando sus creencias religiosas que no le permitían representar a un personaje de tono pecaminoso, pues, como es sabido, «Los Averiados» trata el problema sifilítico, y eso, según ella, significaba un pecado del cual hubiera tenido que confesarse y tal vez no fuera absuelta. Afortunadamente, dimos con la buena voluntad de Anita Pahissa, la hija del formidable paisajista, que nos sacó del compromiso, y la representación de aquella obra, constituyó un éxito en los medios intelectuales de Barcelona.

Más tarde, a mí personalmente, debía ocurrirme un caso semejante con la artista Nora Serrador, en Montevideo, pues, a pesar de gustarle muchísimo el personaje, por pudibundez, se negó a representarme «Angélica Lloret», creyendo que era pecaminoso que una soltera representara un personaje que interviene en un caso sifilítico, insistiendo en lamentarlo, por lo mucho que podía lucirse con tal magnífico personaje. Y cuando ella sufrió, años después, el caso del personaje de mi obra, era ya un caso perdido como artista, resultando que, si de soltera lo hubiese representado, tal vez le habría servido de experiencia luego.

Como se comprenderá, esos hechos, rigurosamente históricos de ayer, ocurrían con obras de tesis, de ideas, de enseñanza, que eran y fueron siempre, las que nos movían

en nuestras inquietudes de aficionados y de autores.

Pero hoy, en nuestros medios, entre las agrupaciones de «amateurs» que en el exilio actúan y en manifestaciones bajo la etiqueta de nuestras palpitaciones ideológicas, ¿se pueden producir tales casos?

¡No!... Y, ¿por qué?

Sencillamente, porque nuestros grupos de aficionados se debaten en una teatralidad y en unas expansiones «artísticas» y «culturales», que nada tienen de visión elevada, enseñante, de superación ideológica, sino entre lo tonto y vulgar, mediocre y chabacano que va del astracán y volvedil, al costumbrismo y comiquismo pintoresco y vacío, que en los dominios de falange está en todo su esplendor y que copiamos burdamente y sin rubor, haciéndoles el tren, en el exilio, con nuestra etiqueta de lacayos suyos, dejando de lado todo lo noble, elevado, digno y rebelde que integra el teatro universal, con autores y obras de una estructura y modalidad, que debería ser nuestra más clara expresión del sentir artístico y cultural, como propulsores y aspirantes a un mundo mejor.

Es doloroso tener que repetir y constatar continuamente tales expresiones, pero lo es más, comprobar que la enmienda no se produce, y mejor se nos considera como réprobos a cuantos lo venimos señalando, sin lograr una maja de reflexión y un mediano apoyo en nuestras inquietudes de precursores y valorizantes de un Ideal.

Laureano D'ORE



pudieran ser las calaveras de burgueses o gobernantes asesinados. Así que se negaron a entregar los libros, además de dar parte a las autoridades de un contenido tan sospechoso. Intervino desde Madrid Barriobero y se sirvió del Profesor de Brioude, de la Escuela de Medicina de Sevilla, para que diera testimonio de los cráneos encontrados en el cajón y de la especie zoológica a que pertenecían. Como se me pidiera un certificado de los estudios que hacía, firmado por el alcalde de Berlanga (Badajoz), pueblo en que residía con mi madre, aquel monterilla se negó a extenderlo, temiendo el imbécil que los cráneos encontrados en el cajón fuesen de personas asesinadas por los anarquistas. Al fin, aquellos estúpidos de la Aduana, cansados de tirar coces, me entregaron los libros y las piezas de Historia Natural que contenía uno de los cajones.

Este cargamento de libros, que parecía pertenecer al Judío errante, salió de Londres y llegó a Sevilla, para pasar a Berlanga, otra vez a Sevilla, y de aquí a Casablanca, Lisboa, Siruela, Almadén, otra vez a Sevilla y de nuevo a Almadén donde terminó su triste historia destruidos por los fascistas. Era en extremo penoso encajonar estos libros, transportarlos, sacarlos de los cajones, disponerlos en los estantes, etc. Y la gente que me ayudaba quedaba en extremo fatigada de semejante trabajo.

En Casablanca las librerías ponían de manifiesto la clase de gente que allí había, pues contenían libros corrientes de la literatura francesa, la mayor parte de ellos poco recomendables, pero en un extremo de la ciudad encontré una pequeña librería de un judío, en la que había un gran estante con obras que versaban sobre la España árabe y judía, todos de mucho interés. Quedé con el librero que me quedaría con todos, llevándome algunos los sábados, según el dinero que disponía, pero como al poco tiempo fui expulsado del país, fueron muy pocos los que compré. En cambio, en Lisboa, donde permanecí seis meses, me hice de las obras de los mejores autores portugueses, llevándome a España un cargamento de libros.

Encontrándome en Almadén, aparte que tenía bastantes ingresos en mi profesión, la moneda francesa se cotizaba muy baja, lo que aproveché para hacer numerosos pedidos de libros a Francia, sin olvidarme de Inglaterra e Italia. Una Casa de venta de libros que había en San Sebastián me proporcionaba, en condiciones ventajosas, cuantos libros se le pedía.

Poco antes de la guerra, mi biblioteca estaba en Almadén y ocupaba un espacioso salón de la casa. Varios estantes, grandes y pequeños, según los huecos, ocupaban todos los muros. Las obras estaban agrupadas por los temas tratados, así que había estantes con libros de medicina, ciencia, filosofía, literatura, historia, pedagogía, artes, religión, etc. No había una manifestación de la cultura humana que no estuviese representada. Las obras de historia de las revoluciones eran muy numerosas, sobre todo las que versaban sobre la Revolución francesa. Había algunas encontradas en Inglaterra, tratando sobre las discusiones que allí hubieran en pro o en contra de la gran Revolución, desde que el predicador Price saludó aquella alborada roja, hasta que Godwin puso las cosas en su punto con la publicación de «Political Justice». Las biografías de los revolucionarios las tenía en mucha estima, entre otras la de Letude, sobre su prisión en la Bastilla, la de Silvio Pellico, las Memorias de Herzen, de Orsini, de Kropotkin... Había ediciones muy antiguas y raras de encontrar, así como otras bellamente ilustradas.

Con frecuencia pasaban por allí profesores y hombres estudiosos, algunos de Ciudad Real que admiraban aquel verdadero tesoro de la inteligencia humana. También conservaba un valioso archivo que contenía documentos notables para la historia de nuestro movimiento. En aquella época yo dirigía la sanidad de las minas de Almadén, elegido por el pueblo en la calle, y mi hijo mayor terminaba la carrera de medicina, así que esperaba que ocupase mi puesto y yo pudiera dedicarme de lleno a la lectura. ¡Ilusiones! Vino la guerra y arrasó todo, no quedándome ni un solo libro, después de haberlos reunido con tantos esfuerzos.

Durante la guerra hice todo lo que estuvo de mi parte para proteger los libros abandonados por sus dueños, unos huídos y otros encarcelados o muertos en la contienda. Por donde quiera que estuve los recogía piadosamente y los colocaba en sitios seguros. En el Seminario de Cuenca encontré una hermosa biblioteca que llenaba un espacioso salón, con algunos libros profanos, entre otros una edición que me era desconocida de Rerum Natura, de Lucrecio, en pergamino. Los milicianos utilizaban aquellos libros como cabeceras para dormir, pero siguiendo mis consejos los colocaron en su sitio y cerraron la biblioteca. He de advertir que siempre encontré en nuestros soldados la mayor ayuda, como amigos que eran de la cultura. En el palacio de la finca «El Cañizar», cerca de Cañete, que convertí en un hospital de guerra, había una pequeña biblioteca con libros muy recomendables de varios temas, entre ellos una edición antigua de las obras completas de Calderón. Aquellos libros fueron puestos a la disposición de los que allí estaban, aficionados a la lectura, aunque cuidaba mucho que los devolviesen a su sitio. En Sigüenza encontré una Biblioteca y Archivos, en el Palacio Arzobispal o en el Seminario, de extraordinario mérito, por los documentos históricos que contenía. Se hizo cerrar y se respetó todo aquello; pero los italianos lo saquearon a su paso y los cadáveres recogidos en la batalla de Guadalajara, llevaban las mochilas llenas de aquellos documentos. Como los conventos de Sigüenza sirvieron de cuarteles a los milicianos, pedí que me trajesen los libros que había en aquellos edificios, y en el patio que yo me encontraba fueron llevados, y de ellos hice un examen como el cura y el barbero en el gabinete de Don Quijote, solamente que yo no condené al fuego a ninguno, sino que los indulté a todos, porque no hay libro malo que no contenga algo bueno. Aunque todos los libros eran de asuntos religiosos, encontré una edición valiosa de las obras de Santa Teresa de Jesús. En un espacioso salón del cuartel en que me encontraba, recogí los objetos de arte por allí dispersos, algunos de extraordinario mérito, y formé un pequeño museo, pero el salón fué destruido e incendiado por la aviación enemiga.

Cuando se aproximaba el fin de la guerra, algunos amigos, ante la inminencia del desastre, me aconsejaron que pusiera a salvo en Francia mi biblioteca y archivos, medida que intenté sin resultado alguno. Cuando salí de España, en la retirada, en un pueblo español de la frontera, dejé a una señora numerosos libros de medicina que llenaban el automóvil que me conducía. La buena mujer me dijo que tenía un hijo luchando en nuestras filas y que me guardaría cuidadosamente mis libros hasta que volviera.

Antes de entrar en Francia me detuve con un grupo de heridos en el pueblo de Massanet de Cabreny, con el dolor de la pérdida de la guerra y de mis libros, y me vi obligado a forzar las puertas de una farmacia para hacerme de unas



medicinas de urgencia, que también necesitaban unos carabineros allí destacados, y entonces encontré en la botica el Formulario de Medicina de Bouchardat, en español, el único libro que me llevé al destierro.

Después de muchos años transcurridos, no se ha extinguido en mí el amor a los libros, aunque prefiero en mucho la acción a la lectura; y en una casita de madera, en plena selva tropical, envuelto en el follaje, tengo una pequeña habitación con tantos libros, que cuando llegan los indios del lugar, que no saben leer, y algunos ni hablar el castellano, me dicen con voz de inocencia: «¿Doctor, vende usted libros?»

¡Cuántas veces en mi soledad recuerdo a dos hombres, cuyas imágenes me han servido de consuelo en mi atormentada vida: Fermín Salvochea y Enrique Malatesta, que más de una vez me dijeron en mi juventud: «Por mucho que te afanes, llegará un día que perderás todos tus libros, como los hemos perdido nosotros!».

¡Cuánta razón tenían en todo aquellos dos hombres extraordinarios! El haberlos tenido como amigos compensa todos los sinsabores de mi vida.

Doctor Pedro VALLINA

## DE NUESTRAS LECTURAS

### IDEAS SOBRE LOS LIBROS

Un libro es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora. — PROVERBIO HINDU.

Los libros son amigos fríos y seguros. — VICTOR HUGO.

No hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. — CERVANTES.

No puede haber alma grande, ni talento sagaz, sin amor a las letras. — VAUVENARGUES.

Amar la lectura es cambiar las horas de tedio por horas de delicia. — MONTESQUIEU.

Yo guardo con amor un libro viejo. — MENENDEZ PELAYO.

Un buen libro es el mejor amigo. Sirve de entretenimiento cuando se carece de amigos de quien fiarse; no descubre secretos y enseña la sabiduría. — MAXIMA ORIENTAL.

Para saber, o leer o ver. — REFRANERO.

El mejor asiento, la silla de un corcel; el mejor amigo, un buen libro. — ABU THALB.

Cuando leo por primera vez un buen libro, tengo el mismo placer que si contrajese una nueva amistad; cuando lo vuelvo a leer, es un antiguo amigo que voy a visitar. — MENENDEZ PELAYO.

Las bibliotecas encierran medicinas para el alma, como las farmacias para el cuerpo. — MAXIMA EGIPCIA.

Examinar los libros, buscarlos, hojearlos, es una grata ocupación. — AZORIN.

El que después de haber ojeado todo un volumen, encuentra una idea buena, puede considerarse tan afortunado como el buzo que baja al fondo del mar y encuentra una perla. — VICTOR HUGO.

Quitarme de leer es matarme. — MENENDEZ PELAYO.

En muchas ocasiones la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida. — EMERSON.

Hablar, es bueno; escribir, es mejor; pensar en la grandeza de una idea, es bello, pero publicar lo que uno piensa, habla y escribe, es aun más grande, más magistral. — LORD BACON.

El ver mucho y el leer mucho aviva el ingenio de los hombres. — CERVANTES.

Haced de los libros una buena provisión tan pronto como los encontréis en las oficinas de las librerías; no los desgraneis solamente; devoradlos como opiata cordial; incorporadlos a vosotros mismos; entonces reconoceréis el bien que en ellos está dispuesto para todos. — RABELAIS.

Con los libros recreo el ánimo en mis ocios y educo, sin más estudios, el corazón y el entendimiento de mis libros. — R. LEON.

El saber de las cosas de los libros y el ejercicio del entendimiento con motivo de ellos son medios indirectos en cuanto educan, ensanchan y ejercitan la inteligencia y la hacen cada vez más apta para entender el mundo en que principalmente vivimos. — R. ALTAMIRA.

Los libros nos causan los más grandes gustos; los hombres, los mayores disgustos. — JOUBERT.

Una casa sin libros es como un jardín sin flores. — AMICIS.

Presta todo, menos tus libros. — MACAULEY.

Uno de los principales deberes de los hombres es cultivar la amistad de los libros. — CARLYLE.

Dime lo que lees y te diré quién eres. — CLARETIE.

Un libro es un legado precioso que hace el autor a la humanidad. — ADDISON.

Cuanto mejor es un libro, más tarda en venderse, porque su venta está en razón inversa del tiempo preciso para comprender y aquilatar su mérito. — BALZAC.

Una lectura amena es más útil para la salud del cuerpo que el ejercicio físico. — X.X.X.

Matar un hombre es destruir una criatura racional; pero sofocar un libro es sofocar la razón misma. — MIRABEAU.

Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros. — VOLTAIRE.

Siempre debe leerse con la pluma en la mano para anotar en un cuaderno todo aquello que nos parezca útil, o curioso. De esta manera se grava en nuestra memoria lo que leemos y allí se vuelve a encontrar como regla de conducta si se trata de verdades útiles, o como adorno de nuestra conversación si se trata de objetos de pura curiosidad. — FRANKLIN.



## RINCON DEL SABER

# CURIOSIDADES DE NUESTRO MUNDO



**H**AY en el Congo belga algo que es único sobre la superficie explorada del planeta, una visión dantesca: ¡un lago de lava fundida! En muchas partes la actividad volcánica se manifiesta normalmente por aguas en ebullición y fantásticos chorros de vapor; pero la existencia permanente de un lago infernal con una temperatura de entre 1.000 y 1.200 grados, no se conoce nada más que en el corazón de Africa, en el fondo del cráter del volcán Niragongo.

En épocas pasadas hubo más, precisamente en las antipodas; se recuerdan algunos como el Savai, en Samoa y el más célebre que estaba en Hawaii, el Malemaumau, para darle el nombre indigena, que significa «Casa del fuego eterno». Este lago, que se venía estudiando metódicamente desde 1911, desapareció después de una violenta erupción en 1924; luego, en 1940, se consolidó el lago de lava de otro volcán, del Nyamlariga, muy próximo al Niragongo de que hablamos, y éste quedó como único lago de lava líquida conocido, aunque los caprichos volcánicos cualquier día podrían renovar en aquéllos la actividad.

Este volcán tiene el borde de su cráter a 2.470 metros sobre el nivel del mar, formando un círculo de aproximadamente un kilómetro de diámetro. Tiene las paredes muy empinadas tanto hacia adentro como hacia afuera y en su interior, unos 200 metros más abajo se ve una plataforma llana y horizontal, teniendo en su centro un agujero en cuyo fondo, a su alrededor de 150 metros más abajo está la superficie del lago desprendiendo continuamente una nube de vapores sofocantes. Así viene a quedar a 3.000 metros sobre el nivel del mar la superficie del lago ardiente, cuyo fondo se junta con las entrañas de la Tierra.

Tomamos estas noticias, de la descripción que hace el geólogo Harun Tazief, quien lo visitó dos veces con la curiosa circunstancia de que las autoridades del Parque Nacional Alberto, donde está el volcán, le recomendaron porque a los visitantes «les está prohibido apartarse de los senderos trazados» y, claro, el cráter del volcán no se halla en ninguno de estos senderos, de modo que su segunda visita tuvo que ser clandestina.

Por esta circunstancia no le fué posible descender más que hasta la plataforma de que hablamos, porque no pudo transportar clandestinamente todo el material que habría necesitado para acercarse a la superficie de lava... y describe la emoción sentida dentro del cráter, al borde del lago

infernal, entre los ruidos impresionantes que causan las actividades volcánicas.

Para él hay todavía mucho de misterioso en el hecho de que la lava permanezca fundida. No parece que la oxidación de los gases y alguna sustancia oxidable puesta en contacto con el aire puedan desarrollar calor suficiente, no parece tampoco que la simple conductividad haga que el calor interior mantenga al lago fundido; pero es satisfactoria la explicación del geólogo R. A. Daly, según quien, corrientes de lava caliente, procedentes de muy abajo, irían subiendo porque las hace más livianas su mayor dilatación debido a su alta temperatura. También las empujarían hacia arriba las burbujas gaseosas, diminutas en la profundidad; pero cada vez mayores a medida que, al acercarse a la superficie, la presión que resisten es menor. Esta lava, enfriada en la superficie, volvería a descender junto a las orillas del lago, y se caldearía nuevamente en la profundidad. Tal puede ser bien el mecanismo del impresionante espectáculo de un lago de fuego que parece hervir por las burbujas gaseosas que estallan en su superficie.



Las estrellas de mar y todos los animales que junto con ellas se clasifican, forman un grupo verdaderamente extraordinario porque aparece aislado, sin relación apreciable de parentesco con los demás seres vivientes. Están formados de un modo particularísimo que consiste en tener cinco ejes de simetría; su simetría es la del pentágono y la de la manera convencional de dibujar las estrellas de cinco puntas.

Alguna semejanza tienen con otra rama del reino animal, a la que pertenecen los corales y las «aguas vivas», pues también en estos la simetría se hace según ejes que forman radios, pero estos otros, los celenterados, tienen siempre un número par de ejes de simetría y los únicos que tienen cinco son estos, que se llaman «equinodermos», o sea, en español, «piel de erizo».

El parentesco que puedan tener no dejó rastro alguno. Si existió algún eslabón perdido, bien perdido está, porque no queda de él nada, ni vivo ni muerto; en los fósiles más antiguos que pudieron hallarse, las estrellas de mar tienen su perfecta simetría pentagonal y con ella vienen de los tiempos más remotos.

Las estrellas de mar son también por otros motivos animales interesantísimos. Tienen la parte inferior del cuerpo literalmente cubierta por pequeñas... «patitas», podría de-



cirse, que se mueven adhiriéndose como ventosas al fondo y haciendo avanzar al animal; pero este es también su potentísimo aparato de abrir ostras, el manjar favorito que también lo es de tantas estrellas de cine... pero la forma de comer es muy distinta: la estrella de mar fija en las dos valvas de la ostra sus ventosas, tira y la entreabre un poco, arrima su boca a la abertura y ¡se creará que chupa o hace algo parecido? pues nada de eso, tiene la extraordinaria facultad de sacar el estómago fuera del cuerpo, y ¡lo mete por la rendija que abrió, y así almuerza!... y con tal apetito que son terribles enemigos de los criaderos de ostras.

Otra cosa curiosa de la estrella de mar es la facilidad con que repone los trozos perdidos, tanta que ya en esto, más que animal, parecería una de esas plantas que se reproducen de gajo, porque no sólo le crece a la estrella la punta que le fué arrancada sino que, en el caso de que al separarse lleve la punta consigo un trozo del disco que tiene la estrella en la parte central, sigue viviendo y le nacen otras cuatro... de manera que en cierto momento el aspecto es el de una pequeña estrella con una cola larga... y siguiendo con la astronomía, esto parece un «cometa de mar».

Esto es sin duda una buena manera de hacer que el ataque de un enemigo no tenga consecuencias demasiado serias porque después se puede reponer la parte dejada en la boca del famélico, mientras el perdidoso tiene tiempo para escapar; pero otros equinodermos, las holoturias tienen también lo que se interpreta como un tributo pagado por la salvación del cuerpo entero.

Tenga cuidado quien vaya a agarrar una holoturia viva porque se expone a una desagradabilísima sorpresa: la descarga de una materia repugnante que no podrá ni remotamente sospechar lo que es, porque en este caso la realidad sobrepasa a cualquier fantasía. ¿Qué sucede? Es un reflejo del animal al sentirse atacado y como es de esperar que el atacante lo haga de puro hambriento, le tira con... la mayor parte de sus órganos internos y así, aliviada, escapa... porque rehace sus órganos con la misma facilidad con que la estrella rehace sus puntas.

\*\*\*

Uno de los tantos misterios que despiertan la curiosidad científica es la causa de que cuatro veces durante nuestra era geológica hayan reinado frios intensísimos en nuestro mundo, marcado por el avance de los hielos polares. Son estas las cuatro «glaciaciones» generalmente admitidas, que se conocen con los nombres de cuatro ríos afluentes del Danubio, en cuyos valles fueron encontrados sus rastros.

La más antigua glaciación de Günz debió haber comenzado hace unos 90.000 años, viniendo luego la de Mindel y la de Riss, hace respectivamente 700.000 y 300.000 años, separados por periodos de clima más caluroso. Calculan que la última glaciación, la de Wurn comenzó hace unos 90.000 años y empezó a declinar hace 25 a 30 mil años. Desde entonces, aunque ocasionalmente haya años más fríos, el clima mundial se sigue haciendo cada vez más cálido, a juzgar por los hielos, tanto los polares como los de las montañas, que están en franca retirada. Hay, es cierto, alternativas, periodos más cortos en que los hielos avanzan, y otros en que retroceden — como está sucediendo ahora — más rápidamente... y no podemos decir si, mañana comenzará o no otra invasión helada, que ponga fin a nuestra época «interglacial» que así se llama a los periodos calurosos.

Entre las teorías, que no faltan, las que admiten variaciones en la temperatura solar no son muy aceptadas. En cambio es muy admitido que en la repartición de los hielos haya influido un cambio de lugar de los polos, por desplazamiento del eje del mundo. También una ingeniosa teoría de Ewing y Dcon quiere que este sea un fenómeno oscilatorio en el que el aumento de los hielos traería al fin por consecuencia la disminución de la evaporación, que provocaría la disminución de las nevadas y la consecuencia sería el retroceso de los hielos.

Resumimos esto tanto para ocuparnos de otra teoría que, abandonada, se presenta de nuevo con distinta interpretación: la de las nubes cósmicas.

Se pensó que las nubes de polvo cósmico por las que habría atravesado nuestro sistema planetario, podrían haber detenido las radiaciones solares privándonos parcialmente del calor que recibimos... pero en nuestras proximidades no se distingue ninguna nube de materia cósmica suficientemente densa como para producir tal efecto oscureciendo al Sol, aunque nubes mucho más tenues y hasta lluvias continuadas de estrellas fugaces pudieron cambiar el clima por otra vía.

Según el astrónomo Fred Hoyle una nube cósmica o la continua llegada de aerolitos que se desintegran en la atmósfera pudieron producir el cambio, porque el polvillo diseminado por el aire facilita la condensación del vapor de agua, como se ha observado en la coincidencia del aumento de lluvias de agua con... las lluvias intensas de estrellas fugaces.

Agrega la teoría que el vapor de agua atmosférico tiene una gran importancia sobre el clima, porque deja pasar los rayos luminosos del Sol que caldean al mundo, y no permite el paso de las radiaciones de onda más larga que emiten los cuerpos caldeados; deja entrar la energía solar, y no la deja salir, tal como hacen los vidrios de los invernáculos.

De este modo la humedad atmosférica hace subir la temperatura; pero cuando — digámoslo así — por exceso de polvillo astral la atmósfera está demasiado limpia, el calor escapa, la temperatura disminuye y, si esto se prolonga, viene una glaciación.

\*\*\*

Un cuarto de siglo no era nada para aquellas generaciones de teólogos y eruditos que vivieron pegadas a las enseñanzas de Aristóteles o para los alquimistas que hurgabán los textos más antiguos buscando el secreto de la piedra filosofal, que hace un cuarto de siglo fué hallada aunque entonces no se sospechase que lo fuera.

El 1930 el alemán Bothe hizo un descubrimiento que no parecía diferenciarse mucho de otros logrados antes por distintos investigadores; una radiación nueva que se producía cuando un metal, el glucinio, era bombardeado por los rayos «alfa» del polonio; pero bien pronto se vió que esto era algo realmente nuevo, porque todas las radiaciones en general son detenidas por los cuerpos densos, como el plomo, mientras que ésta, que atraviesa fácilmente una lámina de plomo, es detenida por la inconsistente y liviana parafina.

Todas las radiaciones formadas por partículas, podían dejar marcado su recorrido por una estela de vapor de agua condensado en el aparato que se llama cámara de Wilson; pero esta no: su presencia sólo podía ser apreciada porque de vez en cuando una de estas trayectorias aparecía trans-



# EL INFORME KRUTCHEV

## LA NUEVA PURGA

(Conclusión)



UNA de las constantes distintivas del régimen soviético ha sido el insano complejo de la caza y busca de delincuentes. Todos sus fallos han sido ineluctablemente cargados a la cuenta de la negligencia, del espionaje o de los saboteadores. Todos sus atropellos, todas las purgas y todas las arbitrariedades han sido suscitadas por esta suspicacia enfermiza. El término «enemigo del pueblo» que Krutchev carga a la cuenta de Stalin, como el suyo de «enemigo del partido», tienen sus fundamentos en las esencias distintivas y congénitas del sistema.

El manifiesto interés de hallar responsables a la idea y desarrollo del «culto de la personalidad», no tiene, en realidad, otro origen. Indudablemente, los que han identificado «las numerosas victorias obtenidas por la Unión Soviética» con los treinta años pasados por Stalin en la dirección del partido y del gobierno, y por tanto con su persona, han facilitado el progreso germinal de esta adoración. Pero la materia combustible ha sido otorgada por las atribuciones dimanantes de los principios de la dictadura. Lo contrario hubiera sido condenarla a la inoperancia.

Es indudable que si el propio partido bolchevique no hubiera estimulado los principios de la adoración individual, ésta no hubiera tomado ni las proporciones, ni tenido las características que se le imputan. Los delincuentes es en el seno de dichas agrupaciones que hay que buscarlos, y en particular entre sus figuras representativas. No hay para

convencerse más que echar una ojeada sobre sus publicaciones de la época. Incluso a su muerte llegó a tenerse la desenvoltura de declarar que «Stalin es inmortal». ¡Cabe mayor impudicia!

Y sin ir tan lejos, el propio Krutchev no hace más que redundar y estimular el confucionismo al declarar: «La victoria de la revolución socialista ha sido obtenida por la clase obrera y los campesinos con ayuda parcial de la clase media campesina». «Ella fué obtenida por el pueblo bajo la dirección del partido bolchevique. El gran servicio de Lenin consistió en el hecho de haber creado un partido militante de la clase obrera, pero él estaba armado del conocimiento marxista de las leyes del progreso social y de la ciencia de la victoria proletaria en la lucha contra el capitalismo»...

Lo que evidencia concluyentemente que quien se halla denodado de ellas es el propio Krutchev. Las palabras de Lenin que trae a colación son la más rotunda negación de todo ello. Afirmar que «el Estado soviético es fuerte en razón de la conciencia de las masas, y que la historia es creada por los millones y las decenas de millones de gentes que constituyen el pueblo», es sostener precisamente la tesis más contraria a los fundamentos y esencias del materialismo histórico. En el lapso de cuatro renglones, Krutchev desmiente la capacidad teórica de Lenin y reafirma su propia ignorancia.

Desde luego esto no es grave; debe de tenerse en cuenta que Krutchev ingresó en el partido hacia los años 19-20. Su actividad militante empezó en pleno período de auge

tornada, demostrando que «algo» había chocado con la partícula que la dejaba como rastro... y el inglés Chadwick halló la explicación: si protones, electrones, etc., dejan esa estela es debido a que poseen una carga eléctrica, de que ese «algo» debía carecer. Debía ser eléctricamente neutro, y se llamó «neutrón».

El núcleo del plutonio, creado gracias a los neutrones, tiene 135 de ellos y nada más que 94 protones (núcleos de hidrógeno). Es el neutrón el más abundante componente de la materia; y se le ignoraba.

Antes de esto, se imaginaba a la materia de un modo muy distinto. El núcleo de oxígeno, que pesa 16 veces más que el protón o núcleo de hidrógeno, tomado como unidad tiene 8 cargas positivas, y se decía es que 8 electrones (negativos) forman parte del núcleo y compensan la carga positiva de otros tantos protones. Hoy lo vemos formado por 8 protones y 8 neutrones... 8 neutrones que tienen allí una estabilidad perfecta, una vida eterna, digamos; pero no les sucede lo mismo a los que salen fuera de los átomos y vagan de un lado por otro; éstos tienen una vida brevísima, el promedio de 10 minutos.

Sin que se sepa cómo ni por qué, esos neutrones estallan

haciendo aparecer simultáneamente un protón y un electrón, con lo que tendríamos que volver a admitir la presencia de 8 electrones en el núcleo de oxígeno, aunque estarían formando parte de los neutrones, que aparecen ahora como partículas complejas y no simples; pero... falta el rabo por desollar: la teoría dice y los hechos lo confirman, que al estallar el neutrón sale de él otra partícula pequeña como un electrón; pero sin carga eléctrica, el «neutrino»... con lo que el neutrón llega a ser una partícula triple.

Hay, además, otra partícula de vida aún más breve: el electrón positivo que, en el aire, vive alguna millonésima de segundo y, éste sí, estalla desmaterializándose, convirtiéndose nada más que en energía.

Aparece junto con un neutrón, cuando un protón se combina con un neutrino y, como acabamos de ver al neutrón como partícula triple, queda la interrogante de cómo en esencia está constituida la materia: todas estas partículas (y los «mesones», que vienen a completar el panorama) se transforman unas en otras sin que ninguna de ellas aparezca claramente como fundamental.

SERGIO



del stalinismo y falsificación de las teorías fundamentales del régimen. Su conocimiento, por tanto, debe sufrir por dicha causa.

Más el caso no es el mismo cuando se trata de enjuiciar las causas que facilitaron el triunfo de la revolución. Krutchev, que ha vivido dentro o fuera del partido las diversas alternativas del período pre-revolucionario, de su eclosión y las de hegemonía y consolidación de la dictadura bolchevique no puede ignorar que la victoria revolucionaria fué malograda, precisamente, por la dirección del partido comunista. Que el pueblo obró por su propio impulso sin guías de ninguna clase. Que el apoyo de las masas obreras y campesinas al partido no fué obtenida nunca. Y que, por terminar, el partido sólo impuso su abusiva dirección por medio de las medidas de terror que él finge condenar en su informe.

Sostener que: «En este combate, el partido siempre defendió los intereses del pueblo» y que se ha «convertido en su guía experimentado, y ha dirigido las masas laboriosas en el poder a la creación del primer Estado soviético», es el más abominable de los perjuros. No puede concebirse que si dichas masas estaban en el poder o eran sus dueñas, que un grupo cualquiera haya podido concedérselo. Con esta dualidad ocurre como con la trinidad católica. ¿Cómo puede afirmarse, de no ser a fuerza de ignorancia o mala fe, que un grupo puede guiar al pueblo a establecer, lo que se reconoce de «motus propio» ha sido establecido por el pueblo mismo?

De otra parte, si se reconoce que el partido, como sus dirigentes, no eran que un simple juguete en manos de Stalin, y que éste era un demente, cuyos menores actos han sido contraproducentes; decir que el partido ha sido guía y defensor del pueblo, no es más que un medio dialéctico de jugar con las palabras. Pero no con la realidad. Ella está ahí patente para rechazar de plano tales aseveraciones. Si el partido ha sido el muñeco de un demente, la sola y honesta verdad es reconocer que el pueblo ha sido víctima de un enjambre de ellos.

Y no es esto una simple hipótesis. Después de las rotundas conclusiones emitidas por Krutchev ello no puede ser más evidente. Mas en la tesis de que alguna duda pudiera subsistir, sus palabras finales tienen la facultad de terminar con ellas.

Si el Estado se halla regido por el partido y éste a su vez lo es por un Comité Central, es lógico suponer que el Estado es a su vez dirigido por dicho Comité. Lo que vendría a establecer, de forma concluyente, la responsabilidad colectiva del equipo en cuestión. Es por esta causa que adelantándose a estas suposiciones, añade: «Los camaradas podrían preguntarnos, ¿dónde estaban los miembros del Politburo del Comité Central? ¿Por qué no se han opuesto en la época al culto del individuo? ¿Y por qué no lo hacen que ahora?»

A causa de que «Stalin, responde, abusando de más en más del poder, entabla la lucha contra eminentes jefes del partido y del gobierno, y comienza a recurrir a los métodos terroristas contra honestos ciudadanos soviéticos. Como lo hemos ya demostrado, es así que Stalin trataba a los jefes del partido y del gobierno tales que Kossior, Rudzutak, Eikne, Postichev y numerosos otros.» La contradicción no puede ser más patente.

De esta inhábil manera lo que se intenta es demostrar la inocencia del equipo stalinista. Para el resto el conocido subterfugio de las calumnias emitidas por Stalin sigue

proliferando. «Como se sabe, dice Krutchev, Stalin, después de la muerte de Lenin, netamente durante los primeros años, había activamente combatido por el leninismo, contra los enemigos de la teoría leninista y contra los que se apartaban. Apoyándose en la teoría leninista, el partido, teniendo a su cabeza el Comité Central, empezó en gran escala la obra de industrialización socialista del país, de colectivización agrícola y de revolución cultural. En esta época Stalin adquirió una gran popularidad y numerosas simpatías, así que un largo apoyo. El partido debía combatir a los que intentaban conducir el país fuera de la vía leninista correcta; él debía combatir a los trotskistas, los zinovietistas, los derechistas y los nacionalistas burgueses. Esta lucha era indispensable».

Este párrafo, sobre el que no insistiremos por haber hablado ya al respecto, es verdaderamente el «sumun» de la ignorancia. El nos demuestra el total desconocimiento no sólo del informante, sino del resto de delegados, de la historia del partido, aunque ésta sea tan reciente como los años a que se alude. Pero de todas formas permítasenos reseñar que si, como Krutchev mismo ha afirmado, Stalin era totalmente desconocido en aquella época, se concibe mal que haya podido realizar de la noche a la mañana la labor que se le presta. Y, si por otra parte, se reconoce que fué el partido con sus dirigentes a la cabeza el que empezó a efectuar la magna labor de socialización y colectivización, deberá admitirse que ella fué en este caso efectuada por los elementos enjuiciados: Zinoviev, Kameniev, Trotski y Bukarin.

Y en este caso se llegaría a la conclusión de que dichas teorías eran lo contrario de lo propugnado por Lenin. De todas formas, siendo ello la más pura falsedad, como hemos demostrado en el artículo pertinente, nos abstenemos. Ya conoce el lector que las teorías de Lenin se hallaban concretizadas en las directrices de la nueva política económica (N.E.P.).

La sola verdad que encierra esta parte del informe es la referente a los cada vez más patentes abusos de Stalin en el ejercicio del poder. Pero ello sólo pudo ser factible en razón del servilismo del equipo de que el dictador se sirvió para deshacerse de las verdaderas figuras del régimen, como ya hemos dicho.

La conversación a que hace referencia Krutchev, que sostuvo con Bulganin, no evidencia como él intenta hacer creer una oposición al dictador. Es muy posible que Bulganin le dijera: «Ha sucedido a veces que un hombre haya ido a visitar a Stalin invitado por él como amigo. Y cuando se ha sentado con Stalin, no ha sabido dónde lo enviarían a continuación, si a su casa o a la prisión». Ello no hace más que dar una idea de la integridad del nuevo jefe del Estado bolchevique. No hay más que contrastar esta opinión con sus manifestaciones públicas, algunas de las cuales han sido ya mencionadas.

El mayor interés de Krutchev, es hacer resaltar «que estas condiciones metieron a todos los miembros del Buró político en una situación muy difícil». Si el Comité Central se veía impedido «de tomar una posición contra tal o cual proceder injusto, contra los errores y las lagunas graves en el ejercicio de la dirección», a causa de no ser convocado en reunión plenaria, en los últimos años, cuya era la responsabilidad al silenciarlo. Y mucho más si su actitud pública tendía a justificar lo injustificable, propiciando de esta forma el endiosamiento del déspota.

Cuando Krutchev intenta avalar la honestidad del Co-



mité Central arborando el caso de Vorochilov, no hace más que dar coces en el aguijón. «Uno de los más antiguos miembros, añade, de nuestro partido, Kliment Iefremovitch Vorochilov, se encontró en una posición casi insostenible. Durante numerosos años fué privado del derecho de asistir a las reuniones del Buró Político». «A causa de su extrema desconfianza, Stalin llegó hasta a imaginar que Vorochilov era un agente inglés». El caso revistió tal gravedad que incluso hizo «instalar en su casa un dispositivo especial de registro de todo lo que se decía...»

En cuanto al resto, la suerte no fué tampoco mucho más halagüeña. «Por una decisión unilateral, continúa Stalin había igualmente apartado otro hombre del trabajo del Politburo: Andrei Andreievitch Andreiev. E incluso en «el primer pleno del C.C. consecutivo al XIX Congreso, Stalin, en su alocución al pleno se cogió a Viatcheslaw Mikhaïlovitch Molotov y a Anastasio Ivanovitch Mikoyan. El dejó entender que estos viejos militantes de nuestro partido se habían hecho responsables de crímenes sin fundamento. Es muy posible que si Stalin hubiera quedado en la barra unos meses más, los camaradas Molotov y Mikoyan no habrían pronunciado ningún discurso en este Congreso».

Stalin tenía, de toda evidencia, el deseo de terminar con todos los antiguos miembros del Buró Político. Más de una vez había declarado que los miembros del Buró Político debían ser reemplazados por otros. Su proposición formulada después del XIX Congreso acerca de la elección de 25 personas al Presidium del C.C., tenía por objeto la eliminación de los antiguos miembros del Buró Político y la entrada de personas menos experimentadas que lo habrían incensiado de todas las maneras».

No se precisa añadir más. Stalin estaba dispuesto a deshacerse de su propia vieja guardia, utilizando los mismos medios de que se sirvió en el pasado. La ignorancia de Krutchev no es tanta como podía suponerse, pero la mala fe sí que es muy posible rebase el marco de lo considerado.

El «complot de los asesinos de la blusa blanca» no era que un simple pretexto que preludiaba la nueva purga. El hecho de que ésta no se haya podido realizar ha dependido en gran medida de la previsión de los encartados que han podido descartar el peligro hábilmente. La declaración de Krutchev a una delegación yugoeslava a la que afirmó que Stalin había muerto de una crisis cardíaca suscitada por Vorochilov al arrojarle a la cara su carnet del partido, ante su funesta decisión, puede encerrar una parte de la verdad. Stalin fué eliminado por sus colegas que habían calibrado el peligro en que se hallaban.

#### LA NUEVA ORIENTACION

El informe Krutchev termina por una declaración de fe de la nueva orientación bolchevique. «Camaradas, concluye, a fin de no repetir los errores del pasado, el C.C. se ha declarado resueltamente contra el culto del individuo. Nosotros consideramos que Stalin ha sido incensiado en exceso. Pero en el pasado, Stalin ha incontestablemente rendido grandes servicios al partido, a la clase obrera y al movimiento obrero internacional».

Dejemos ya pasar por alto esta afirmación. Ella es una imagen precisa de la inconsecuencia de su autor. Tanto como la de consdierar a Stalin uno de los más fuertes marxistas «cuya lógica, potencia y voluntad», influenciaban al resto. Se ve que Krutchev es bastante mediocre en cues-

tiones teóricas y que no ha conocido las verdaderas figuras del régimen, de las que sólo posee la deformada estampa dada por Stalin. Y, en definitiva, si Krutchev cree que el demente de que él ha hablado, y acusado con precisión, era digno de ser seguidamente calificado de gran teórico del partido, será debido a que éste no cuenta con figuras de mayor relieve y que dichas teorías no eran dignas de mejor suerte.

La lucha «contra el culto de la personalidad será emprendida en primer lugar contra el prurito de dar a las ciudades, kolkoces, etc., el nombre de las figuras del partido. No puede permitirse, dice, que «la importancia de un jefe sea evaluada en razón del número de industrias, ciudades, fábricas, kolkoces o sokoces que llevan su nombre». Pero con las debidas precauciones a fin de que no se pueda creer que éstos «han sufrido un mal revés y que han sido detenidos». Una verdadera imagen de Epinal.

«Nosotros debemos, precisa igualmente, luchar inexorablemente contra todas las tentativas tendentes a restaurar esta práctica (la del culto) de una manera u otra. Es preciso también meter efectivamente en práctica en nuestro trabajo ideológico las tesis más importantes de la ciencia marxista-leninista relativas al pueblo, en tanto que creador de la historia (vuelta a negar el materialismo histórico) y de todos los beneficios materiales y espirituales»...

El párrafo, por cierto, no tiene desperdicio. Esa tesis hubiera desatado la furia del «padre del socialismo científico» (!). «Jamás caballero de armas fuera tan bien servido». En nombre del marxismo, los sicofantes de Moscú hacen públicamente suyas, la terminología y rebatidas tesis de Feuerbach.

La lucha contra el culto del individuo va a ser emplazada desde un ángulo crítico contra las «ideas erróneas en el dominio de la historia, de la filosofía, de la economía y otras ciencias, así que en la literatura y bellas artes», que deberán ser corregidas. Mismo sería «indispensable un nuevo manual de la historia de nuestro partido...» Desde luego, los principios no pueden ser más prometedores. De momento las teorías de Marx, como la de los planes quinquenales lo han sido ya por Krutchev. Ahora sólo falta que las conejas se decidan a parir todas las semanas.

En segundo lugar «será preciso continuar de forma sistemática y consecuente (!) la labor efectuada por el C.C. del partido»... Ellas atañen al dominio de la «observación minuciosa, en todas las organizaciones del partido, de la base a la cúspide, de los principios leninistas relativos a la dirección del partido; observación, sobre todo, del principio de las esencias de la dirección colectiva; observación de las normas de la vida del partido tal y como son descritas en los estatutos del partido y, en fin, larga práctica de la crítica y la autocrítica». Como se ve no son las observaciones que faltan en el léxico de Krutchev. Lo que hace defecto en su palinodia es la falta de precisión. La observación de Krutchev del principio de observar de la base a la cúspide los principios leninistas de práctica de la crítica y autocrítica, que son precisamente los que han dado lugar a los desafueros de Stalin, sintetizan, concretamente, su carencia analítica de «observación».

En tercer lugar puesta «en vigor de una manera completa de los principios leninistas de la democracia socialista, tal y como son expresados en la Constitución de la Unión Soviética, y lucha contra el capricho de los individuos que abusarían del poder». Se ve también en este caso que Krutchev no ha observado que no hay principios leninistas de



# NUESTRO ESFUERZO



ON nuestro número 36, la «nueva serie» de los «Cuadernos» entra en el décimo año. Desde la fundación en 1919, de los «Amigos de Han Ryner», boletines a mimeógrafo y más tarde impresos, a nuestro primer «Cuadernos» de 1939, hemos hecho un indispensable esfuerzo contra la inicua ocultación del nombre de Han Ryner, y la negación de dar al escritor y al pensador su justo lugar en el movimiento literario y filosófico de las postrimerías del siglo decimonono y del siglo vigésimo. Una dura pendiente a subir. El dogmatismo partidario ha podido envolver durante 50 años al nombre de Han Ryner en las brumas sofocantes de la conspiración del silencio. El lento veneno aun dura. ¿Quién podría contar esta historia? ¿La conoció toda el mismo Han Ryner? ¿Acaso no la ayudó con su actitud de repliegue desdenoso, no aceptando batallas en terrenos fangosos, rechazando compromisos, para solamente entregarse con obstinación, en el silencio y la oscuridad, y a pesar de todo, a la construcción de una obra? Es preciso aún sacudir muchos prejuicios e ignorancias; combatir hostilidades más o menos escondidas, tenaces, rencorosas y malignas. Es necesario que se sepa qué persistente mordaza se aplicó al canto ryneriano, durante más de diez años, cuando revistas, periódicos y editores, estaban amenazados por la banda vil que reinaba entonces sobre la prensa, la literatura y la publicación del pensamiento.

Verdad es que la independencia de carácter, la franqueza a veces brutal, la armonía de la argumentación, la solidez vibrante de la polémica, la perfección formal, la terrible lógica, la sinceridad deslumbrante y la fuerza de convicción de un hombre que nadie podía atacar en su vida pobre y sencilla, eran peligros públicos. ¿No son la verdad y la luz los mayores peligros para los tenebrosos amigos de las tinieblas? Y el impedido de aullar con los lobos podía hacer perder algunos mordiscos a los lobos. ¿Pero es que cuenta hoy esa jauría de gozadores corrompidos y fatigados? Nombres como los de Villy y de Mendes (Catulle) hacen vomitar; la juventud futura deberá confrontar con las más grandes, las mayores obras desconocidas por un siglo cegado por los proyectores de la publicidad, convulsionado por una existencia desorbitada

democracia socialista. Ella ha sido siempre combatida por Lenin. Y que la Constitución soviética, obra de Stalin, es el más acabado engendro de oportunismo político. En realidad toda ella no es más que una negación. En ella cada artículo no tiene otra finalidad que denegar lo prometido en el precedente.

Los últimos elogios de Krutchev, pronunciados a fines de 1956, que han hecho suponer a no pocos gacetileros occidentales que una nueva orientación política le era impuesta al secretario del partido, no tiene otro fundamento que la precipitación de los mismos en emitir hipótesis y teorías más en consonancia con sus deseos o pánico cervical, que con la realidad de los hechos. A más de su evidente mediocridad el informe-galimatías de Krutchev, no es otra cosa que

por las guerras, las tormentas sociales y los embrutecimientos colectivos. Se preguntará por qué se le ha escondido el sendero de un manantial tan puro prometido a su sed, y por qué bagaje un escritor de lengua francesa proclamado «Príncipe de los narradores filosóficos» en 1912, por la juventud contra el «Bulevard» puede pretender a la gloria; desconocidas por los filósofos a patente: los viajes de Psicodoro, Las parábolas cínicas, Sueños perdidos, Crepúsculos, Las apariciones de Ahasvero, La sabiduría riante; desconocidos por los historiadores plagiadores de crónicas: El quinto evangelio, El hijo del silencio, La torre de los pueblos; desconocidos por los fabricantes de ciencia-ficción: El hombre hormiga, Los pacíficos, el auto-da-da, Los hombres realizados. El pacifismo clarividente y total de Pico de oro, el desprecio de los Neo-stoicos por todas las asociaciones de explotadores y gobernantes, el espíritu no conformista de este irreductible subversivo, nunca sugirieron a sus amigos el pedir para él ayudas oficiales. Pero un hombre como él no ha podido escapar a la amistad, al amor múltiple, a las admiraciones de los humildes que lo descubrieron o de los pares que tenían el valor de frecuentarlo, a pesar de la prohibición. Bajo la severidad del crítico, se reconocía el alma de amor que, después del saneamiento de las bajas pasiones, llamaba a la sabiduría.

¿Se encontrará mañana un editor inteligente para adinar que la calidad literaria, el valor espiritual, el calor humano de una obra monumental aun sumergida puede también «dar de sí» revelándola a su público que la espera sin saberlo? Nuestro modesto esfuerzo, nuestra perseverancia a durar, a enseñar un poco de las realidades complejas del pensamiento y de la obra inmensa de Han Ryner ¿pueden conmovir a los muros del silencio? Al menos, volvámonos un momento hacia lo que hemos hecho.

Si se debiera nombrar a todos los que fueron amistosamente abnegados a Han Ryner, al hombre y a la obra, un volumen sería necesario. Plantar algunos jalones, saludar con una sonrisa afectuosa a algunos de los que estuvieron mezclados con su acción precisa nos parece un deber agradable. Desaparecidos los «precursores» de nuestra Sociedad, J. H. Rosny, Ainé, Romain Rolland, Leon Frapié, y nuestros primeros presidentes y secretarios: Florian Parmentier, Emile Pignot, Marie Blossier, Georgette Hero,

una bufonada vanidosa a una medida espectacular contra el terror pánico de los jerifaltes soviéticos, a los que la lección del reinado omnipotente de Stalin ha puesto en guardia. Este viene a ser una medida preservativa de una nueva San Bartolomé. Y una definitiva y concluyente ratificación de los principios y esencias del más puro acervo stalinista que han sido los que realmente han servido de alimento espiritual a la actual promoción kremlinista. En cuanto a los viejos para qué hablar; buenos tanto para un fregado que para un barrido; su sola esperanza es la de poder disfrutar tranquilamente, en sus últimos años de los privilegios a que su servilismo les ha hecho acreedores.

Francisco OLAYA



Pierre Larivière. Pero entre pioneros, siguen siempre atentos a lo que pueda ser útil a la memoria de Han Ryner, Banville D'Hostel, Cecile Toumarinson, Maurice Blanchard, y a los que les fué permitido en aquellos hermosos años el escuchar a Han Ryner libremente expansionarse, y nos hicieron seguir las etapas creadoras de su crepúsculo radiante, como Raymond Duncan y su *Akademia*, y desde 1938 Irenée Mauguet y su *Maison des Intellectuels*, Fernand Pignatel, los que nos permitieron mantener la antorcha en las horas negras de la ocupación alemana cuando una censura imbécil pretendía que el espíritu no existiese: Camille Beliard y la «Amitié par le livre», la «Aristocracia» de nuestro incansable Gerard de la Caze Duthiers, que a cuatro veces veinte años publicaba *La Belleza*; Joseph Maurelle, abnegado desde el tiempo que para todos recogía la Pequeña Conferencia sobre la sabiduría, poeta que nos escondió celosamente durante tantos su libro sin igual: *La Muerte de Han Ryner...* Ciertamente es, no sería bastante el copiar la lista de los nombres inscriptos en el «Comité de Acción», pues muchos son los que no quieren ser nombrados... La amistad reina en nuestra sociedad de «amigos», amistad que se ha asignado por tarea el ampliar el círculo alrededor de quien nos dejó el 6 de enero de 1938.

¿Qué hemos hecho después de la edición, en Messein, de «Amante o Tirano?» (manuscrito atribuido a María Dorval), la reedición en los «Humbles» de Wullens del Libro de Pedro, en la «Idée libre» de Lorulot: del Diálogo del casamiento filosófico, la Pequeña conferencia sobre la sabiduría, los Artesanos del porvenir; del Florilegio de Parábolas y Ensueños en 1942 por «Amitié par le livre?»

Nuestro trabajo de nueve años: Frente al público esperado desde hacía 27 años y por fin aparecido en la A.P.L.L., reedición de *Los Viajes de Psicodoro*, de *La Torre de los Pueblos*, gracias a nuestro amigo Charles Daudouin; aparición en las «Belles Lectures» de *El Hombre Hormiga*; publicación en Messein de Juana de Arco y su madre, edi-

ción de Han Ryner y *El problema de la violencia* por Hem Day en la «Aristocracia» y de *La muerte de Han Ryner*, de Joseph Maurelle, admirable para los amigos y para los críticos que han podido leerla; en fin, nuestra colección de «Cuadernos», unas 700 páginas representando seis o siete libros de documentos, artículos, cartas, conferencias, poemas de Han Ryner—una centena—; textos firmados por Jean Deyres, Marcel Martinet, Léon Frapier, J. H. Rosny Ainé, Edmond Rocher, Gerard de Lacaze Duthiers, Florian Parmentier, Paul Redonnel, Hem Day, Eugén Relgis, Jacques Frehel, Raoul Berenguier, Charles Baudouin, Manuel Devaldes, Francisque Sarcéy, Maurice Blanchard, Suzanne Spezzafumo, Romain Rolland, Stefan Zweig, Louis Prat, Ludovic Rehaute, André Colomer, Banville D'Hostel, María Lacerda de Moura, Léon Daudet, Léon Emery, Marcel Batilliat, Stanislas Millet, Vladimir Muñoz, Hervé Coatmeur, Georges Le Bot, Joseph Mélon... conferencias de Georgette Ryner, de André Le Fur, de Marcel Ner, bibliografías, débil parte de la que sería necesario consagrar a Henri Ner y Han Ryner para todo el período yendo de 1888 a 1938, un medio siglo de actividad literaria. Podemos sentirnos orgullosos por la contribución a la historia literaria del fin del siglo XIX y principios del siglo XX. Nuestros pequeños cuadernos son tal vez leídos con más atención que algunas de las revistas supuestamente «grandes», sólo representando mucho «tam tam», a golpes de finanza.

Y aun, en 1948, un número extraordinario de *Quo Vadis* dedicado a Han Ryner, y en 1954 otro de CENIT (Toulouse) también.

Debiéramos haber citado a los intérpretes de tantas manifestaciones cuyo detalle se encuentra en los «Cuadernos». Gracias a todos. Gracias a los que nos envían desde el mundo entero, sus buenos augurios, que alegremente les devolvemos.

Louis SIMON

## VIDA DE CENIT

Nuestra revista ha entrado en su octavo año de vida.

Cuando en enero de 1951 hizo su aparición, los amigos no estaban muy seguros de que podría sobrevivir al ensayo de dos o tres meses, un año para los optimistas. Los enemigos le preparaban la mortaja antes incluso de nacer. Unos y otros se han equivocado. La revista tiene ya ocho eneros.

Es más, cada día van llegando nuevos suscriptores; luego, por este lado, la publicación aún tiene para tiempos antes que perezca.

CENIT tiene suscriptores en los cinco continentes.

CENIT se lee en los hospitales por aquellos cuya salud quebrantada no merma los deseos de alimentar su espíritu con la lectura ecléctica que la revista contiene.

CENIT se lee en los hogares de trabajadores de la ciudad y del campo, a quienes la ruda labor no les impide instruirse y prepararse para hacer frente a la vida desde el ángulo fraternal, humano y solidario a que conduce su lectura.

CENIT es recibida en Círculos de Estudio, Centros de Enseñanza, Institutos, Bibliotecas, etc.

Pero CENIT, no siendo negocio ni especulación de ningún género, se ha impuesto una ética: ofrecerse a un precio justo, para poder cubrir los gastos que su aparición ocasiona.

CENIT, pues, vive de lo que sus suscriptores pagan, Ni más ni menos.

Y cuando algún suscriptor retrasa el pago, no deja de provocar un trastorno en la buena marcha de su administración.

Nada decimos para aquel que no puede pagar, pero, de poder, esta Administración estará sumamente agradecida que los pagos se hagan puntualmente. Es éste el principal elemento para que la revista salga con puntualidad.

LA ADMINISTRACION.



# MICROCULTURA

119. — El día 25 de agosto de 1919, entre Londres y París, se inició el primer servicio de pasajeros en avión.

120. — Este año, 1957, corresponde al año 741 de los aztecas. Este último número de años hace que los aztecas se establecieron en lo que hoy es México.

121. — El nombre de «Etiopía» viene de las palabras griegas «aithein», que quiere decir tostar, y «ops», o sea rostro, o sea «rostros tostados», término con que en la época de Alejandro se designaba a los habitantes del sureste de Egipto.

122. — La Luna gira alrededor de la Tierra en 22 días, 7 horas y 43 minutos.

123. — En 1764, Cugnot hizo en Francia el primer automóvil a vapor.

124. — Máxime, adverbio de modo, significa «principalmente».

125. — En medicina se llama «nosocomio» a un hospital.

126. — Australia es un poco más pequeña que el Brasil. Tiene 7.703.867 kms. cuadrados.

127. — Juan Cocceyo (1603-1669) fué el autor del primer diccionario hebreo.

128. — Se usa el «manómetro» para medir la presión de los fluidos.

130. — Mediante microondas de radio llegadas a la Tierra, los astrónomos modernos tienen otra evidencia de la expansión del Universo.

131. — En 1840 el inglés Fitzpatrick Mac Millan, en Dumfries, construyó la primera bicicleta.

132. — Las células del organismo humano tienen canales en su interior que «en apariencia sirven como cisternas para el almacenamiento temporario de materiales destinados a la distribución de otras partes del cuerpo» (Dr. Thomas en «Nature» de Londres).

133. — El precursor de la escultura clásica fué Calamis, escultor ateniense de la primera mitad del siglo V.

134. — La cantante más célebre del siglo XIX fué María Felicidad García de Malibrán (1808-1836). Nació en París y fué hija del tenor español Manuel García.

135. — El espiritismo data del año 1848, a raíz de los golpes que se oían en casa de la familia Fox, en Hydesville, Estado de Nueva York.

136. — Quedan actualmente en el mundo (1957) diecisiete monarquías.

137. — La «polifarmacia» es el abuso de varios medicamentos a la vez.

138. — En Katanga, Congo Belga, Africa Ecuatorial, se halla la mina de cobre más rica del mundo.

139. — Los hindúes deben el nombre de «India» a los antiguos griegos, que lo tomaron del vocablo sánscrito «sin-dhu» (rio), con el que bautizaron al río Indo.

140. — La vitamina B que abunda en el pan integral conserva fresca la piel.

141. — En el siglo III de la era actual, empezó la decadencia del imperio romano, debido a la corrupción política y al sensualismo del pueblo y de sus dirigentes. «O tempo o mores» decía Cicerón.

142. — La temperatura más alta que se ha registrado fué en 1922, en el desierto de Libia, donde el termómetro subió a 58 grados C., el día 13 de septiembre.

143. — Augusto, en el pórtico Marcelo, hizo instalar la primera biblioteca pública de Roma.

144. — La constelación de la Lira, tiene el simbolismo del matrimonio.

145. — Para desgracia de la humanidad, el malhechor David Bushnell, en 1776, inventó el torpedo submarino.

146. — Censual, significa, relativo al censo, y sensual, perteneciente a los sentidos y al apetito carnal.

147. — Xenofobia: el odio exagerado a los extranjeros.

148. — Daniel Defoë, el autor de «Robinson Crusoe», vivió de 1661 a 1731.

149. — El famoso templo de Delfos, era el de Apolo, situado al pie del monte Parnaso.

150. — La expresión italiana «dolce far niente» quiere decir «agradable holgazanería».

151. — Nuestra sangre no puede vivir sin hierro. material indispensable para llevar el oxígeno a las células.

152. — A la famosa cantante lírica Jenny Lind (1822-1887) se le llamó «El Ruiseñor noruego».

153. — En el Brasil, cerca del centro geográfico del país, en una llanura situada en el Estado de Coias, a unos 1.600 metros sobre el nivel del mar, lo que asegura tiempo fresco todo el año, y según los planes de la magnífica ciudad de Washington, se está edificando la futura capital. Se abandonará la urbe más moderna de Sudamérica, Rio de Janeiro, a tal efecto, y la nueva capital se llamará Brasilia.

154. — Corning, ciudad del Estado de Nueva York, no ha tenido durante los últimos cinco años, ningún accidente fatal de tránsito.

155. — Ponche: mezcla de ron u otro licor con agua, limón y azúcar. Viene del inglés «punch», que proviene del indostánico «panch» (cinco). Los indostánicos llaman así a una bebida de cinco distintos ingredientes.

156. — El Dr. G. M. Clemence, de Atlanta, tiene a su cargo el control del segundo, en las medidas del tiempo solar y el tiempo atómico y se precisan cinco años para determinar la constancia de dicho segundo.

157. — Misoneísmo: aversión que sienten ciertas personas por las novedades.

158. — El navegante holandés Roggaven, en 1721, descubrió la isla de Pascua y la de Samoa.

159. — El ajedrez es bueno para la concentración y agilidad de la mente. Se pueden hacer en él tantas jugadas como el número 1 seguido de 29 dígitos.

160. — Hacia el año 100 antes de la Era Moderna (es decir, antes de los supuestos tiempos del hipotético Cristo),



- los germanos procedentes de Escandinavia cruzaron el Elba y expulsaron a los celtas de Alemania.
161. — Buda pensaba que el sedeso era la causa del dolor y, por lo tanto, debía suprimirlo.
162. — Se llama «ocicofagia» a la costumbre de comerse las uñas, a causa de un desequilibrio emocional.
163. — Una de las obras noveladas que se han escrito sobre Cristo y, posiblemente una de las mejores, es «Las Memorias de Judas» del napolitano Petruccelli de la Gattina (Ed. Critica, Bs. As., 1925).
164. — El Dr. alemán Eduardo Buchner (1860-1917) descubrió las causas de la fermentación alcohólica.
165. — Se llama «Orto» a la salida del sol o de otro astro, en el horizonte. Así se llamaba una revista que aparecía en Valencia (España) en los tiempos que era allí publicada la hermosa publicación «Estudios».
166. — Jacques Maritain, escritor francés contemporáneo es una de las figuras más destacadas del movimiento neotomista.
167. — Meteorismo en medicina, es el abultamiento del vientre debido a la acumulación de gases en el tubo digestivo.
168. — El Rubicón fué cruzado por Julio César, el año 49 a. E. M. (Era Moderna), dando con ello comienzo a la guerra civil.
169. — Los bailes más antiguos que se conocen son las danzas del amor, imitando a los pájaros. Algunas tribus primitivas de Australia las bailan todavía.
170. — Jacques Doolittle, realizó en 1929, el primer vuelo de acción a ciegas.
171. — Para que no falsificasen las pesas y las medidas, los «zigostatas» vigilaban a los comerciantes en la antigua Grecia.
172. — El mármol en química es un carbonato de calcio.
173. — Según las tradiciones escandinavas, el primer europeo que llegó al Canadá fué Bjarni Herjulfson, el año 986 de nuestra era.
174. — Las Termópilas era un desfiladero donde, al decir de Herodoto, perecieron veinte mil persas atacados por el ejército de Leonidas.
175. — Por no sobrevivir a la deshonra, luego de haber sido ofendida por Sexto Tarquino, se mató Lucrecia.
176. — En 1913 la canción «La Cucaracha» se cantaba en México durante la revolución, con verso contra Huerta.
177. — Pirofobia: horror a los incendios, es decir, lo contrario de «piromanía».
178. — Valle de Semaar: región en que al decir de la Biblia, se construyó la Torre de Babel. Véase a Han Ryner en «La Tour des Peuples» (La Torre de los Pueblos).
179. — Los holandeses tienen las Guayanas porque los ingleses les cambiaron, en 1657, ese territorio sudamericano, por la isla de Manhattan, que ahora es el centro de Nueva York.
180. — El cadmio es un metal que se usa como colorante en medicina. También se emplea en la moderna electrónica.
181. — La población más meridional de América, es Ushuaia, en la Argentina, casi en el paralelo 55. El invierno es allí muy largo y muy crudo. En tal lugar pasó veinte años Simón Radowitzky encarcelado.
182. — En los laboratorios se ha logrado la coesita, denso mineral que existe en la naturaleza sólo a profundidades de, por lo menos 65 kilómetros.
183. — De acuerdo con la mitología, Pigmalión — véase la obra así rotulada de Bernard Shaw — se casó con la estatua de marfil de Galatea hecha por él mismo y a la que Venus dió vida.
184. — Guerra de la Cogulla: así se llamó a la lucha entre los frailes de San Francisco a fines del siglo XIII y a principios del XIV.
185. — Según las estadísticas de los oftalmólogos, las mujeres no tienen los ojos más grandes que los hombres, como vulgarmente se creía.
186. — A causa de la guerra civil en los Estados Unidos entre norte y sur, a partir de 1868, se empezó a celebrar el «Memorial Day».
187. — Gerontofobia: horror enfermizo que se siente hacia los ancianos.
188. — A los 84 años y medio, el veterano anarquista E. Armand (verano boreal de 1956) estaba corrigiendo las pruebas de su obra fundamental «La Iniciación Individualista Anarquista» que ha aparecido en idioma italiano.
189. — La escala de Mohrs: es la que se emplea para la clasificación de la dureza de las piedras que los vanidosos llaman preciosas. Se toma como pauta el diamante, con el grado de dureza número 10.
190. — Vanquelin, en 1797, descubrió el cromo.
191. — Villy Post realizó solo el primer viaje en avión alrededor del mundo (julio de 1933).
192. — En 1925, los laboratorios Bell, de EE.UU., inventaron la telefotografía, o fotografía a gran distancia.
193. — El autor de «La Vida del Buscón» fué el famoso escritor satírico español Quevedo (1580-1645).
194. — La llamada «plata alemana» se fabrica con el carbón mineral que tiene cientos de productos derivados del mismo.
195. — La sigla AGI (IGY en idioma inglés) significa «Año Geofísico Internacional» amplia mirada mundial a la tierra, los mares y la atmósfera durante los años 1957 y 1958.
196. — Malacología: parte de la zoología que estudia los moluscos.
197. — Bagdad, capital de Irak, tiene 840.000 habitantes.
198. — Los nibelungos eran una raza que, según la leyenda alemana, poseía fabulosos tesoros, guardados por el enano Alberico.
199. — La etimología del vocablo «quizá» probablemente viene del italiano «¿Chi sa?» (¿Quién sabe?).
200. — Las pinturas rupestres más antiguas que se conocen, se encuentran en España.

SUNO



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### LA LIRA

Del salón en el ángulo oscuro  
de su dueño tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay!—pensé—. ¡Cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!»

### POESIA

No digáis que agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas;  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista;  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías;  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance,  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista;  
mientras la humanidad, siempre avanzando,  
no sepa a do camina;  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma  
sin que los labios se rían;  
mientras se lllore sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan;  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran;  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira;  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas;  
mientras exista una mujer hermosa  
¡habrá poesía!

GUSTAVO A. BECQUER.



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

**COLECCION «AUSTRAL»**, 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».  
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandi Andia» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avimareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yorza»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantararo» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».

Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Canales y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Segismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierruca»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

**Ediciones «CENIT».**

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo en la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Han RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OTTICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

**En francés. COLECCION «POURPRE»**, 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monneyeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalipsis».

Anatole FRANCE. — «Histoire cémique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournebrouche».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

**COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».**

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 230 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

**COLECCION «RECONSTRUIR».**

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte, Poesía, Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid